

Antonio Espinoza Prieto



*Asumo
la
Palabra*

Antonio Espinoza Prieto

Asumo
la Palabra

Editor
Alcaldía de Arismendi

La Asunción, Isla de Margarita, 2000

Titulo:

Asumo La Palabra

(Discursos)

1ra. Edición, 2000

Autor:

Antonio Espinoza Prieto

Depósito Legal:

If 095 2000 800 2762

ISBN: 980-360-027-3

Diseño:

Eduardo Molina E.

Ilustración de Portada:

Wilman Guerra

Foto de Contraportada:

Armando Pacheco

Edición:

Alcaldía de Arismendi

Impresión:

Verbo Publicaciones C. A.

Porlamar, Isla de Margarita

PRESENTACIÓN

El 27 de noviembre de 1600, la católica majestad de Felipe III concedió rango de ciudad y escudo de armas a la villa de La Asunción y desde entonces la capital de Margarita y sus naturales son la ciudad y los ciudadanos antonomásticos de la perla de las islas. El doctor Antonio Espinoza Prieto –el de Toño y Secundina– es un devoto asuntino o ciudadano y la urbe de sus orígenes y nacimiento es para él una edificación de amor e inagotable fuente de paradigmas.

El cotidiano ejercicio del Derecho no ha mermado sino acrecentado la vocación literaria de Toñito Espinoza y trabaja con idéntico fervor la palabra para ser leída y la palabra para ser escuchada. Posee el raro don de la elocuencia y lo emplea con acierto inspirado en los altos ejemplos margariteños del gran tribuno Jóvito Villalba y el notable expositor que fuera el maestro Luis B. Prieto F., su tío carnal y padre espiritual. Estimula su exitosa perseverancia la seguridad de los logros estéticos y didácticos posibilitados por el dominio del arte de la elocuencia.

Asumo la Palabra incluye seis de sus discursos pronunciados en La Asunción y cuyos títulos son “Mi Solidaria Integridad”, “Alfarera de la Aurora”, “La Ciudad Sigue”, “Independencia y Poder del Pueblo”, “Si yo fuera Dueño del Mundo” y “Eduardo Rivas Casado es la Palabra”. Lo edita en tiempo oportuno la Alcaldía del Municipio Arismendi y, al hacerlo, defiende y enriquece el caudaloso patrimonio espiritual de la ciudad-madre de la Margarita y de la Isla toda.

MANUEL ALFREDO RODRÍGUEZ

MI SOLIDARIA INTEGRIDAD

Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en La Asunción, el 15 de agosto de 1993, en el acto de Homenaje que le rendía La Ciudad con ocasión de ser designado el Asuntino del Año.

MI SOLIDARIA INTEGRIDAD

“Unce tu carro a una estrella”

Ralph Waldo Emerson

Vengo de la clara heredad de las violetas; de un mundo horizontal, de manos extendidas, donde la solidaridad es el fuego sagrado. El que los Dioses no pueden ya esconder, porque sólo cuando está encendido, ellos pueden acercarse al hombre. Vengo de un espacio vertical, donde la astromelia se empina y la integridad es la espiga cultivada por el hombre para acercarse a Dios. Sembrador de surcos invisibles, os ofrezco mi cosecha de solidaria integridad madurada al sol de todos los días.

Desde esta tribuna ilustre, he repetido que soy reacio a distinciones, condecoraciones y reconocimientos; porque un vicioso ejercicio, de factura mercantil, los ha teñido de oscuro color de corruptelas. Aquí dije que el único homenaje que había afortunadamente escapado de esa denigrante práctica, es este que hoy me defiende mi pueblo de La Asunción. Aquí no hay repartición de medallas, ni premios ni concursos ni votaciones, aquí no se comercia con el mérito. Este pueblo ha escogido un mecanismo único en el mundo, el de expresar su afecto sólo a uno, sólo una vez al año, escogido por la silenciosa expresión del consenso ciudadano. Aquella vez dije, que no pudiendo aspirar a tan honrosa ofrenda, me sentía justamente honrado con ser seleccionado para honrar a los escogidos, especialmente honrado entonces porque se trataba de homenajear a Luisa Noriega, a quien miento alfarera de la aurora, porque, dije, aquí todos somos barro de su barro; y ahora que ella no está, la invoco con la más sentida expresión de amor. A ella que de ese polvo moldeó un universo de virtud, a ella, que en el ciclo divino también venía del polvo y ahora polvo es. Pero, para decirlo con Quevedo: Polvo enamorado.

Ahora he sido sorprendido con esta designación, que no me atrevo a calificar, porque es, por lo menos exagerada, pero es indeclinable. En esta ocasión, sólo me queda expresar mi agradecimiento y asumir el compromiso que portar esa distinción conlleva. Afortunadamente, hoy no tengo que decir un discurso, no puedo decirlo por muchas razones. Primero, porque esa responsabilidad la cumplió con brillo inigualable, el orador de orden, una de las voces más puras de las nuevas generaciones literarias del país, nuestro entrañable Juan José Prieto Lárez, narrador, poeta y orador, irrestricto poseedor del mágico poder de la palabra, autorizado, para hacer hablar al silencio. Segundo, porque sería esclavizar la constancia de esta cansada audiencia, que me reprocharla con la histórica interrogante de Cicerón a Catilina. Y tercero, porque se me acusa de ser excesivamente generoso en mis alusiones personales y el homenajeado de hoy es Antonio Espinoza Prieto, y a ese personaje quiero, y necesito, analizarlo con mayor severidad. Cuando me correspondió hablar de uno de los hijos más querido de La Ciudad, el General Enrique Prieto Silva, dije que antes que hacer un retrato, yo hubiera querido inventarlo. Pero al homenajeado de hoy no puedo ya inventarlo. Lo tengo inventado desde hace mucho tiempo Yo lo inventé, pretendiendo crearlo a la hechura y semejanza que me impone la herencia que me viene del corazón de los vientos salobres con el mensaje rebelde de las grímpolas enhiestas y de las arboladuras imbatibles.

Si tuviera que definirme, rechazaría todo adjetivo; renunciaría a todos los sustantivos. Me defino humildemente en cinco verbos: creo, amo, lucho, sueño y espero.

Creo, primera persona del presente de indicativo del verbo creer: “tener por cierta una cosa que el entendimiento no alcanza o no está comprobada o demostrada”. Es la fe. Virtud teologal: “luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver se cree lo que Dios dice y la Iglesia propone”, Así, así de simple creo. Porque ante el problema de la existencia de Dios, hay quien niega, porque sencillamente no lo ve, no lo siente, no lo toca, y su vida sensorial no

le permite creer. Y militantemente no creen y reniegan. Son los ateos. Hay quienes no reniegan, solamente no se plantean el problema de la existencia. La vida, el hombre, tienen de por sí tantos problemas, que plantearse uno de tan grande entidad es distraer la atención que aquellos merecen y requieren. Son los agnósticos. Yo, por el contrario, creo justamente por eso. Creer no me cuesta desviar la atención del hombre; me ayuda a comprenderlo. Pero creo además porque encontré un Dios en el que no puedo dejar de creer. Un Dios que no funda su poder y su reino en el temor y en el castigo, sino en el amor. Y su mandato divino es: “Amaos los unos a los otros”. Creo en un Dios que soporta todas las tentaciones del Mal, y ante la oferta material dice: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que venga de la boca de Dios”. Si, así es, no es posible negar el espíritu por la presunta prioridad de la subsistencia. Pero eso también significa que se ofende a Dios, y esa es causa fundamental de la crisis del mundo, cuando con el pretexto del espíritu se niega al hombre el pan.

El Sermón de la Montaña, nos enseña también, que Satanás llevó a Jesús al pináculo del templo y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiecen tus pies con una piedra”. Y Jesús le contestó: “También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios”. En ese Dios creo. ¿Qué hubiera hecho uno de estos demagogos modernos si pudiese engañar a una multitud, seguro de ser sostenido por fuerzas invisibles?

Creo en el Dios que en el Templo derriba las mesas de los cambistas y dice: “Mi casa será llamada casa de oración, pero ustedes la han convertido en cueva de ladrones”. Creo en todos los fieles a esa enseñanza para que sigan limpiando la casa expulsando a los ladrones.

Creer no me impide fidelidad a mi ideario de redención social. De niño conocí votos y oraciones carmelitas. No pudieron acercarme al Camino de Perfección de Teresa, ni a La Llama de Amor Vivo de Juan de la Cruz. Sólo Rafael Alberti, marxista militante, formado en las fuentes del materialismo histórico, me puso en

sus rutas y me mostró el misterio del Monte Carmelo. Él fue con Federico a la trinchera para combatir el fascismo, que por cuarenta años arruinó la vida de la Patria Madre. Como fusil una pluma y un poema en lugar de una granada. Al pecho lleva siempre la cinta milagrera con el anzuelo cuadrado, que le colgó Juan Ramón Jiménez. La insignia carmelera, sagrado escapulario de la Virgen remadora, cuyo nombre inscribió en la proa de su velera de sueños, como timonel y guía de su escondida sirena cantadora. Y la Virgen lo salvaba, lo salvó y lo salva, aunque la escollera rompa en dos el frente de su navío.

Mi madre, hilandera del alma, tejió mi cinta milagrera. Al corazón la llevo. Una paloma se eleva en su bordado. Asunta es María, patrona y capitana de mi angustia y mi alegría.

Creo en los que creen y son fieles a su creencia, cualquiera que ella fuese. Su fe los hace respetables. Dignos de respeto y amor. Creo, también en los que no creen, si su vida es digna. Si su actitud en nada ofende la palabra del Padre. Fernando Pessoa, uno de los más grandes poetas de este siglo dice:

*“No creo en Dios porque nunca lo he visto.
Si él quisiera que yo creyera en él
sin duda vendría a hablar conmigo,
empujaría la puerta y entraría
diciéndome: ¡aquí estoy!”*

Pero luego dice:

*“Si Dios es las flores y los árboles,
los montes, el sol y el claro de luna,
entonces creo en él.
Creo en él a todas horas,
toda mi vida es oración y misa,
una comunión con los ojos y los oídos”.*

Pero Pessoa es igualmente grande y respetable cuando dice:

*“Pero si Dios es los árboles y las flores,
los montes, la luna y el sol,
¿para qué lo llamo Dios?,
lo llamo flores, árboles, montes, luna, sol”.*

Y no blasfema cuando dice:

*“Lo obedezco viviendo espontáneamente,
como uno que abre los ojos y ve,
y lo llamo luna y sol y flores y árboles y montes.
Y lo amo sin pensar en él,
y lo pienso con los ojos y los oídos,
y ando con él a todas horas”.*

Creo en Lisandro Alvarado, que negaba y renegaba; pero ¿quién pudo estar más cerca de un Dios que él, que amaba la naturaleza, nuestros ríos, montañas, flora, fauna, nuestros mares, nuestro cielo y recorría nuestros caminos curando los enfermos, atendiendo los ancianos y los niños, sin recompensa material alguna, ejerciendo una filantropía sin límites, defendiendo a la Patria en su más pura esencia, en la salud y la vida de sus gentes? ¿Quién pudo más que él practicar la caridad y la humildad? ¿Quién pudo más que él estar cerca de Dios, si acaso no era Dios mismo?

Creo en el credo que rezaba Aquiles Nazoa y en el Evangelio de Miguel Otero Silva, dos marxistas confesos y militantes que escribieron los dos libros de más extraordinaria esencia cristiana de la literatura venezolana. El Nacimiento, ese poético ensayo sobre la universalidad del pesebre de Jesucristo, de Aquiles, y La Piedra que fue Cristo, el auténtico quinto evangelio de la cultura venezolana, de Miguel.

Y creo en Luis Beltrán Prieto, una vida consagrada a la lucha por los grandes intereses del pueblo, por la educación y la cultura, que nos deja su hermoso catecismo de “Señales contra el Odio” y su mensaje inolvidable:

*“No hay un palo de cruces en el bosque
que no lleve su Cristo entre las ramas,
el pueblo crucifica su alegría
entre un pálpito de hojas y de espinas,
agoniza en la sombra medianera
del día, en la hora más brillante
la ilusión del amor que se desangra
y cada amanecer lleva en sus flancos
el signo de la muerte en el crepúsculo;
pero hay un mandato ineludible
que invita a la sonrisa y la esperanza
mientras haya una rosa que suspira
y un arrullo de pájaro en el nido”.*

No creo en los falsos creyentes. “Sepulcros blanqueados”, los llamó el Divino Maestro. Viven metidos en las Sinagogas y en las Mezquitas, comulgan en nuestras Iglesias, se dan golpes de pecho y contribuyen con sumas elevadas a las necesidades del Templo. Pero explotan al obrero, especulan con el hambre y la salud del pueblo, trafican con la droga, corrompen a la juventud con los casinos y otras casas de juego, desconocen y abandonan a los hijos, estupran, mienten, hacen fraudes electorales, engañan y saquean los recursos públicos.

Amo, no al “amor de los marineros que besan y se van”. Por supuesto que es muy importante “el amor que se reparte en beso, lecho y pan”. Pero el Amor, así con mayúscula, es mucho más. Los antropólogos han señalado los más importantes rasgos que distinguen al hombre del resto de los animales, todos logros biológicos de la evolución de la especie; pero hay dos que son esencialmente humanos, que nacen con el hombre cuando aparece como tal, que no los conoció nunca ningún otro ser sobre el planeta: la palabra y el amor. Los animales emiten sonidos, algunos bellos, repiten, a veces con cierta fidelidad, los sonidos que captan. Pero sólo el hombre tiene el don sublime de la palabra, el medio de comunicarse y de expresarse. El hombre ha construido muchas cosas, ha inventado todos los medios de la vida moderna. Para ello ha utilizado todos los materiales. Para conseguirlas ha destruido, ha depredado, ha matado. Pero sus grandes construcciones, sus

obras excelsas, las imperecederas, las indestructibles, las logra con la palabra. Ella también nos la han querido negar. Y lo que es más grave, corrompémosla, para matar nuestra identidad. Su defensa es también un mandato ineludible.

Los animales se aparejan, se unen para perpetuar la especie. Pero sólo el hombre es capaz de amar, ese estado consciente de superación de la separatividad, la necesaria conciencia de la unión para satisfacción del espíritu. Como diría Erich Fromm, “el amor es fundamentalmente dar, no recibir”. La persona que ama da de sí misma de lo más precioso que tiene, de su propia vida. “Ello no significa, afirma Fromm, necesariamente que sacrifica su vida por la otra, sino que da lo que está vivo en él –da de su alegría, de su interés, de su comprensión, de su conocimiento, de su humor, de su tristeza–, de todas las expresiones y manifestaciones de lo que está vivo en él. Al dar así de su vida, enriquece a la otra persona, realza el sentimiento de la vida de la otra al exaltar el suyo propio. No da con el fin de recibir, dar es de por sí una dicha exquisita”.

En ese sentido confieso que he amado. He amado a Lesbia, la mujer amada, mi compañera de siempre. En ella y en el fruto de nuestro amor, en nuestras hijas y en nuestros nietos, con amor imperecedero.

En ese sentido amé y amo a mi padre; de él vengo, de su pulso mineral, de su fortaleza inquebrantable, médula de cuicas infoliadas, que no quebrantó la pobreza, que no abatió el infortunio. Sepulturero prematuro para enterrar los hijos. A mi hermana mártir, la del sufrir y la muerte sin lamento. Serena, consciente de ser escogida por el designio divino. Sólo el dolor que a mi padre causaría su partida, le impedía decir con Teresa:

*“No dejes de consolarme,
muerte, que así te requiero,
que muero porque no muero”.*

En ese sentido amé y amo a mi madre, de ella vengo, pulpa frutal en sus manos siempre abiertas, hortelana de amor, que en mi corazón encontró el surco

presto. Con el amor que me le devuelve todos los días en la gota de lluvia que escurren sus tejados.

Con ese sentido he amado a los abuelos, al que me enseñó a luchar por los desposeídos y a la que formó mi corazón para la justicia. En ese sentido he amado a los hermanos y a los amigos. Así amo esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, su azul claridad, su rosario de colinas que no crecen para no abotonar la sombra. Sus árboles, su gente. ¡Mis árboles y mi gente, pedazo grande de mi alma!

Lucho. El maestro Eduardo Couture, el autor del célebre Decálogo del Abogado, nos impone el deber de luchar, luchar por el Derecho y por la Justicia. Pero si los encontrásemos enfrentados, entonces luchar por la justicia. Confieso que he luchado por la justicia, mucho antes de ser abogado. Mi abuelo, que era un jurista nato, decía que el hombre vivía eternamente entre el dilema de determinar que es más justo: Absolver a un delincuente o condenar a un inocente. Los textos clásicos de derecho, me enseñaban que la Justicia es la perpetua y constante voluntad de dar a cada quien lo suyo; es decir, su derecho. Yo me he encontrado con la justicia que usa apellido: La Justicia Social, que es la concreción de una iniquidad de la ley para equilibrar una iniquidad económica. La que Julián Marías define como: “Aquella que corrige o ratifica una situación social que envuelve una injusticia previa, que si se mantuviera, invalidaría las conductas justas, los actos individuales de justicia”. Es la justicia tuitiva del Estado para proteger a los débiles frente a los poderosos. Es la que declara que el trabajo es un hecho social y eleva a objetivo fundamental del Estado procurar su respeto y dignificación.

El trabajo como hecho social significa que no es una mercancía, que se equivocan quienes, al sostener que el mercado es el rector único de la vida, consideran al trabajo como un simple objeto sometido sólo a los efectos de la oferta y la demanda. Es la justicia que cimienta su potestad tuitiva sobre los fundamentos jurídicos y éticos declarando de orden público sus normas de condiciones mínimas de trabajo, y, por lo tanto, excluidas de la negociación de la voluntad de las partes; sobre la irrenunciabilidad de los derechos del trabajador y

su restablecimiento en todo caso de violación y sobre el principio de que toda diferencia entre normas de diverso contenido o interpretación se resuelve aplicando la más favorable al trabajador. A esa justicia he servido.

Pero lucho también por la libertad, entendida siempre en interés colectivo. Con Julián Marías digo que lucho por la libertad porque la necesito para pedir justicia, para quejarme de su falta, para intentar establecerla o restablecerla. Lucho por la Paz, que es luchar contra la guerra, el más horrendo de los inventos del hombre, ahora convertido en el sostén básico de la economía de los países poderosos y en instrumento de su poderío. Lucho por la vida, el supremo ideal del hombre. Vengo del verbo recio, que conjuga justicia y declina trabajo, labrado a pulso en el crisol insobornable de ideales en la orfebrería de mi abuelo.

Sueño. Vengo de mágicas realidades y de la fantasía y del mito y de la hipérbole en la terneza creadora de mi abuela. Sueño realidades, la realidad de lo imposible. Se equivocan quienes creyeron que destruyendo un sistema político podían destruir también la utopía, los sueños del hombre, sus ideales.

Sueño, no en el sentido calderoniano:

*“¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño,
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son”.*

O del saneador de angustias e inquietudes de Quevedo:

*“Quítame, blanco sueño, este desvelo,
de desvelarme sólo en celebrarte”*

Sueño con una sociedad justa, sin explotadores, libre, solidaria. El sueño que recoge el poder aún inédito del hombre y de los pueblos de ser amos de su propio destino.

Sueño, porque, lo dice Sigmund Freud, “el que no sueña está muerto”.

Espero, porque la esperanza es motor de la acción, cuando la entendemos como conciencia de la posibilidad real de lo que deseamos y soñamos. La esperanza en Dios, es extraordinaria virtud teologal, pero no podemos dejar que ella nos inhiba permanentemente, sólo aguardando la promesa divina. Ella debe ser completada con la esperanza activa, que es la confianza en nuestra propia capacidad creadora y en nuestra voluntad para hacer realidad los ideales.

A esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, entrego mi carga del espíritu. Por ella y para ella, creo, amo, lucho, sueño y espero. A ella entrego sin condiciones ni plazo mi capacidad de trabajo y de sacrificio, porque tenemos que salvarla. He venido a jurarlo sobre las cruces ancianas.

Este país vive la más profunda crisis de su historia. Los adoradores del mercado, nos condujeron a la ruina económica, con el ochenta por ciento de la población en estado de pobreza y, entre ellos, más del cincuenta por ciento en estado de miseria, de simple subsistencia. A los niveles ya presumiblemente tridigitales de inflación. A la pérdida paulatina de nuestra soberanía, no sólo por la reducción física de nuestro territorio, en el encoger continuo de nuestras fronteras, sino en la sumisión incondicional a los acreedores externos de una deuda que parece no vamos a terminar de pagar nunca. Al deterioro absoluto de los servicios públicos, con especial acento en los centros vitales de la salud, la educación y la seguridad social. A la corrupción generalizada, no sólo de la gestión pública sino de todo el ordenamiento colectivo. A la pérdida total de la credibilidad en los Poderes Públicos, que se precipita al caos cuando alcanza al Poder Judicial. Porque cuando un pueblo pierde la fe en la administración de la justicia, todo está perdido.

Al estragamiento del aparato productivo, especialmente de los sectores manufacturero y agrario, en beneficio de un crecimiento lujurioso del sector financiero y rentista, cuya quiebra ha aflorado con su alijo incontenible de podredumbre. Y ahora del juego ilícito con su carga de ruina normal y destrucción de la juventud. A la inversión de valores. Al reino del narcotráfico y del consumo de estupefacientes. Al comercio sin límites del sexo, la violencia, la mediocridad y la chabacanería en los medios de comunicación. A la pérdida total del sentido y del valor de la vida, dentro del grado más inexplicable de inseguridad personal, en un estado de criminalidad permanente impune. A la avería sin freno del poder adquisitivo del salario y del nivel de vida del trabajador, soltado sin defensa a la voracidad insaciable de la explotación y de la especulación

Margarita, nuestra Isla, no sólo no ha escapado de las garras del monstruo; sino que en algunos de esos aspectos es territorio prototípico. Algunas de nuestras poblaciones ya existen sólo como asiento de grandes garitos sin control ni regulación. El juego ilícito es una falta especialmente tipificada y penada en el Código Penal; pero en Margarita prolifera frente, no a la negligencia, sino al estímulo y complicidad de los poderes públicos. El juego es una enfermedad, la peor de las psicopatías, por sus efectos sociales. El ludópata, jugador compulsivo, es materia prima potencial para el crimen, el robo, la estafa, el estupro, la droga, el sexo, la corrupción. En Margarita todos esos vicios están ya haciendo estragos y los poderes públicos sólo tienen como preocupación la búsqueda de las fórmulas leguleyescas para legitimar esa situación de asco. Las municipalidades se escudan tras una presunta recaudación de ingresos. Por esa vía pronto tendremos la actividad protegida de la venta de estupefacientes, de la trata de blancas, de los grandes lenocinios, del tráfico de sangre, de la enajenación de nuestro patrimonio histórico. Por esa vía nos van a convencer de la inutilidad de los museos, de las escuelas de arte, de las salas de teatro, de los grupos musicales, de las bibliotecas, que podrían producir pingües ingresos al fisco nacional y municipal convertidos en lujosos prostíbulos capaces de atraer a nuestros predios a lo más granado de la marginalidad social de los grandes centros de desarrollo económico.

A La Asunción tenemos que salvarla. Esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, representa el más sólido bastión moral de este Estado y no podemos dejarlo sucumbir en ese mundo de podredumbre. Es necesario que a riesgo de lo que fuese pongamos nuestras murallas de contrafuego.

Nuestra propia desidia permitió que extraños manejos políticos, o politiqueros, destruyesen lo que fue el viejo Distrito Arismendi. Un inconsciente ejercicio de una descentralización mal entendida y un desafuero de infraregionalismo mezquino y perverso, ha venido parcelando el territorio del país, para satisfacer apetitos gamonales. Nueva Esparta ha caído en ese funesto juego y nuestra Ciudad ha sido víctima propicia de ello, quedando ahora sólo como Capital de un Municipio encogido física y fiscalmente; y ahora se pretende con maniobras de nuevo cuño continuar mermando su territorio. Afortunadamente; por primera vez en mucho tiempo, tenemos una alcaldía y una Municipalidad que ha puesto empeño en rescatar la credibilidad perdida y está dispuesta a librar cualquier batalla en el campo del estado de derecho para la defensa de nuestra integridad. En esa tarea tenemos que acompañarlas, sin reservas y sin ahorro de sacrificios.

La Asunción sigue siendo la olvidada de todos los Poderes Públicos; aquí hay obras de vital importancia para la vida de un pueblo, que nunca se concluyen. La Biblioteca, para cuya construcción nosotros donamos nuestra casa y Luis Beltrán Prieto una de las mejores colecciones bibliográficas del país y su propio archivo, muestra invalorable de la historia contemporánea de la Nación, y algunos de nosotros nuestras propias bibliotecas profesionales especializadas, tiene once años en construcción y muchos ya de paralización absoluta. Cuatro Presidentes constitucionales se han sentado ya en el trono de Miraflores, y esa obra no avanza. Ocho obras más se encuentran en casi idénticas condiciones y algunas han tenido que ser puestas en funcionamiento sin concluir y, por supuesto, no existe el menor ánimo de concluir las. Los servicios públicos aquí se han paralizado. Estamos en la obligación impretermisible de afrontar la situación y ello requiere el concurso de todos.

Ofrezco sin limitaciones de ningún género mi esfuerzo integro. Lo que me reste de vida lo comprometo en la empresa común de hacer grande a esta Ciudad nuestra. Ofrezco mi credo, mi amor, mis sueños, mi lucha y mi esperanza. Ofrezco mi solidaria integridad.

ALFARERA DE LA AURORA

Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en La Asunción, el 15 de agosto de 1991, como Orador de Orden en el Homenaje a la Maestra Luisa Noriega de Rodríguez.

ALFARERA DE LA AURORA

*“Me llamo barro aunque Miguel
me llame”*

Miguel Hernández

*“Porque aquí, Madre mía son barro de tu barro,
lobeznos de Bolívar, cachorros de Pizarro, nietos de
Moctezuma, e hijos de San Martín”*

Andrés Eloy Blanco

Con su voz de plata martillada, con su palabra de cristal tallado, El Poeta de Venezuela nos convoca a cantar por la España ultramarina, para que sepan los siglos que el Imperio español no tiene fin. Pero sobre todo, para que la Madre sepa que su maternidad es inextinguible; porque, hechura de su barro, su herencia espiritual perdura en la sucesión imperturbable de las generaciones.

Y será siempre el barro la sublime expresión poética de la esencia humana. El libro de los Libros lo había recogido:

“Y formó Yahvé al hombre del polvo de la tierra e insufló en sus narices aliento de vida, de modo que el hombre vino a ser alma viviente”.

Luis Beltrán Prieto, para llamarse hijo de La Asunción, para decirse uno de nosotros, cantó:

“Cuanto crece en tu suelo, espina o flor, serpiente o pájaro, guijarro o yerba, arcilla o caracol, madera, acantilado, fruta o semilla me toca de su mano para fundirme en ti; ser de tu arcilla la múcura sonora pulida de tus dedos, con agua pura y fresca crecida en tus neblinas.”

Gonzalo García Bustillos, la cumbre lírica que le madrugó a Margarita, cantor de canciones de larga vida y de soles infinitos, que en su cálido y humano refugio del Pueblo de la Sal, frente al Farallón, contando los delfines de La Caranta y las gaviotas de la Cueva del Bufón, aprendió como el trueno de la flor azul suena los huesos del agua en la tormenta amarilla, nos glosó el misterio:

*“Píntame los ojos
para que la arcilla
sea hija del color
y en las noches de las torres
la diosa madre pronuncie
las palabras del ritual:
Que el hombre exista
y los dioses descansen
porque fue creado de sus venas”.*

A Luisa Noriega, un día la llamé “Alfarera de la aurora”, porque la materia que trabajaban sus manos afanosas en la noble tarea de enseñar primeras letras, era la del amanecido resplandor del niño; la de tempraneros rayos de juventud que asomaban en el horizonte incierto de una patria recién incorporada al siglo XX, con treinta y cinco años de retraso, según la patética frase de Mariano Picón Salas, cien veces inútilmente repetida, y de un mundo convulso y confundido por la certidumbre de una inmediata e inevitable confrontación devastadora. Y hoy estamos, madre mía, a tu lado reunidos, para decirte que aquí todo es barro por tus manos modelado. Todo, la suprema creación poética de Jesús Rosas Marcano, la pedagogía fecunda de Eduardo Rivas Casado, la sabiduría de Asdrúbal Lárez y de Américo Albornoz, la profundidad analítica de Luis Salinas, el samaritano quehacer de Toñito Narváez, el trabajo digno y austero de Donato el de Juan Goyo, el ejemplo diario de dignidad ciudadana de la modestia personificada en Felipe el de Langa, el sublime concepto de la fraternidad y de la solidaridad humana de Erasmo Obando.

Y entonces, Madre mía, te llamé “Tejedora del Alba en las redes de la Esperanza”, para seguir destacando tu obra de partera de ideales, amanecedora

de sueños, dispersadora de penumbras. Aguja en mano, tu paciencia de creadora diseñaba un hombre justo y bueno para un mundo todavía impredecible; pero indiscutiblemente nuevo. Porque como lo descubre Luis Beltrán Prieto en la poesía popular de Andrés Eloy Blanco, “engarce para el encaje, el bordado o la costura, ir y venir de la lanzadera, son elementos para la creativa forma de urdir en la realidad de un mundo nuevo y distinto”.

Sin dejar de ser poético, tu tejido era pedagógico y ello te obligaba a ser certera en la puntada. Tu lazada y tu nudo eran para el desarrollo de la personalidad del joven; para el entrenamiento de la vida; para el seguro afán de subsistencia. Y nunca errabas, porque sabías que allí no es bueno equivocarse; cada yerro requiere luego un zurcido, que esconde la herida, pero enseña la cicatriz. Para el poeta, lo dice el mismo Prieto, “la vida es un constante tejer y destejer. Engarza el hombre al compromiso. El amor es el lazo, que puede destejarse y el poeta es el mago para empezar de nuevo su tejido de araña donde queda prisionero el amor”.

Penélope tejía y destejía. Tejía por el día y destejía por la noche. Tejer era el compromiso, que el amor necesitaba interminable, infinito. Destejer era el amor mismo sentido en la esperanza del regreso del amado. Pero el telar donde tú tejías, era el alba, que es la luz que se asoma cuando, como dice Paz Castillo, “la noche se ha fugado del nido de los árboles”. Tu lienzo era la alborada. Tu aguja persigue perpetuar el tránsito radiante, hacer imperecedero ese iluminado momento de la vida y del sueño del hombre, cuando, lo reitera el poeta, “luces furtivas rompen la negra sombra de la hora con vuelos fugaces”.

Cabalmente cumpliste la tarea. Tu arraigo vital, tu conciencia ciudadana, tu pasión colectiva, tu alma de madre y de maestra te dotaron de inaudita fuerza interior para elevarte a iluminado templo de Aracne mágica y divina.

Y por eso, aquí todos somos puntada de tu aguja. De alguna forma todos somos lazada, cadeneta, frivolité, punto de cruz, sol de Maracaibo, pespunte o

simple bastado surgido de tu ovillo de amor, de fe, de constancia, de solidaridad, de sabiduría. Aquí todo va impreso en el fino oropel de tus encajes: la ciencia de David Espinoza; la intachable trayectoria marcial de Andrés Medina Torcat, la gracia de Dalila Alfaro, la fuerza lirica de Magaly Salazar y Juan Antonio Hernández, la terrenal santidad de Santiago Acosta, la vocación de servicio de Ramón Aguirre, la conciencia técnica de Daniel Millán, la capacidad creadora de Tomás Cazorla.

Y te llamé Madre mía, “orfebre de virtudes en tu crisol de ternuras”. Paciente y noble te entregabas, sin plazos ni condiciones, a pulir la gema virgen que las madres confiaron a tu sublime magisterio. Dura y artística misión de cortar la piedra, pulir las aristas y sacar el brillo recóndito que el mineral esconde. Para el artesano curtido, la tarea termina siendo fácil, casi una rutina. El reluciente objetivo esplende siempre, la piedra al fin nada le niega; pero en la materia prima que tu trabajabas, era ardua la labor. El buril, la segueta, el cincel, el martillo, al final triunfan sobre la más pétrea resistencia. Pero para el hombre, para desentrañar el brillo imperceptible del alma, la utilería es diferente. No todos pueden llegar allí; pero tú siempre supiste como hacerlo. Simón Rodríguez sabía pescar el esplendor oculto en lo insondable. Tú lo aprendiste de él y tus hallazgos afortunados se cuentan por centenas. El joyero endurece su propio espíritu a medida que en su fragua y en su crisol la resistencia de la piedra y los metales ceden ante su tesón y su técnica. Pero tu crisol, por las manos laboriosas y dignas de Eloy Rodríguez siempre sostenido, era de amorosa textura, con ternura manejado. Y las joyas más preciadas de tu alquimia son los propios hijos de tu amor y de tu entraña. Educadores como tú, herederos de virtudes, digna expresión de hogar ejemplar, noble y pudoroso: Manolo, La Nena, Luisa, Albina y Rómulo.

Como todos los años, el llamado de la Patrona, María de La Asunción, nos congrega bajo estas añosas copas, entre Luisa la Mártir y El Libertador de América. La convocatoria de hoy es excepcional y trascendente. La Asunción rinde homenaje a su hija más ilustre, a la más pura de sus almas, a la más meritoria de sus ciudadanas. Luisa Noriega es la asuntina, la ciudadana del año. Es un

reconocimiento, una distinción, el máximo honor que La Ciudad confiere y ello requiere una explicación.

Los homenajes, las condecoraciones, las órdenes de mérito, las estatuas en vida, los epónimos de pueblos, avenidas, promociones estudiantiles, designaciones de hijos preclaros o ilustres y otros predicamentos de valor y merecimientos, han caído en este país en el más generalizado desprecio. El tráfico indiscriminado de medallas, cordones, corbatas, escalonamientos de clases, diplomas y títulos, ha ensombrecido y envilecido lo que desde la remota antigüedad sirvió para que los pueblos civilizados rindieran honor a sus hijos distinguidos y a sus servidores preclaros. En Venezuela, lo denuncié una vez desde esta misma tribuna, la Orden del Libertador, reservada por la Ley y por un mandato moral ineludible que compromete el nombre del Padre de la Patria, ha sido objeto de escarnio por su atribución fraudulenta a reos de delitos contra la cosa pública, a políticos y empresarios corrompidos y a jefes de Estado y funcionarios extranjeros que oprimen a sus pueblos con primitivas prácticas totalitarias o de asqueante sumisión y dependencia de los centros internacionales del poder político y económico.

La Orden Francisco de Miranda, que por el solo hecho de llevar el nombre del Precursor de la Independencia americana debió ser celosamente reservada al reconocimiento del mérito y de la dignidad, pende irresponsablemente en el pecho de politiqueros que como recompensa ofrecen el botín de sufragios mercenarios en asambleas amañadas, o en el cuello de especuladores de la necesidad popular, enriquecidos a la sombra del crecimiento de los índices de pobreza crítica y del despojo de los medios elementales de subsistencia de los trabajadores.

En Margarita, que, por supuesto, no ha escapado a la funesta almoneda de reconocimientos y honores, hasta la superior condecoración del Estado, la que esplende orgullosa el nombre glorioso del Héroe de Matasiete, ha sido alguna vez objeto de oscuras transacciones y componendas de compensación política. En una ocasión le fue negada conjuntamente a Jóvito Villalba, Luis Beltrán Prieto y Luis

Villalba Villalba, tres de nuestros más ilustres coterráneos del Siglo XX, quienes sólo tuvieron en el seno del Consejo de la Orden, un voto: el del desprevenido y desinformado proponente, ajeno al previo acuerdo que comprometía la dorada preseña para ser otorgada a cuatro conocidos y distinguidos personajes de la farándula nacional. Quienes, con toda seguridad, méritos tenían; pero la desafortunada escena de su otorgamiento les ha penado con un inmerecido desprecio y les ha privado de lucir públicamente el distintivo por temor a provocar el recuerdo del episodio enojoso.

Este reconocimiento de hoy tiene un sentido, un objetivo y un mecanismo de otorgamiento que lo despoja de toda sospecha, de toda suspicacia. Esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, inventó este instrumento, posiblemente sin precedentes ni paralelos todavía, para honrar una vez al año a uno solo de sus hijos o de sus servidores ilustres con obra de proyección social y colectiva; y el honor se otorga, no por elecciones donde el voto normalmente tiene un singular valor de cambio, no siempre material o monetario. Aquí lo otorgamos por el auscultamiento imperceptible del consenso unánime de la ciudadanía consciente e informada.

Hoy, quizás con retardo, lo otorgamos a Luisa Noriega Rosario de Rodríguez Campos. Confieso que nunca antes la había llamado, ni oído llamar con nombre tan largo; porque aquí es simplemente La Maestra. Nunca antes ni después de hoy podrá alguien exhibir un punto más en su hoja de servicios y de méritos. A su rango sólo alcanzan Carmencita Salazar Yáñez y Angelita Salazar Lárez, que igualmente deberían ser honoradas con esta distinción.

Un día, en un rincón de esta tierra venezolana, “toda horizontes como la esperanza, toda caminos como la voluntad” un curioso me preguntó: ¿Es verdad que La Asunción tiene siete colinas? Y le respondí: No, no es cierto, usted está equivocado, debe haber confundido a nuestra Ciudad con Roma, que, ciertamente, tiene sólo siete colinas. La Asunción tiene diez colinas y cinco montañas. Diez colinas que son: La Caranta, Número Uno, Número Dos, Santa Rosa, La Peña, La

Libertad, Matahambre, El Portachuelo, Mueresol y Cerro Colorao; y cinco montañas que son: El Copey, Matasiete, Ángela Salazar Lárez, Carmen Salazar Yáñez y Luisa Noriega.

Treinta y seis años ininterrumpidos al servicio de la educación pública, son apenas una parte, importante, por supuesto, pero sólo una porción, del dilatado e inextinguible magisterio de Luisa Noriega. La calle, la plaza, la iglesia, la tertulia cotidiana, la vigilia al lado de los moribundos y de los difuntos, la visita de cortesía o de cumplido, han sido teatro de siempre de su peripatética, de su enseñanza sabia. Aquí nadie ha escapado a su aleccionadora práctica, espontánea y generosa.

Maestra de vocación, heredera de una tradición de larga estirpe, no siempre satisfecha en la maestría de un programa educativo, sino corrientemente orientado en los patrones de Hesíodo, del trabajo de todos los días. De su familia venía Ángel Noriega Pérez, Maestro de vocación para la enseñanza del idioma, de la ciencia, de la historia y de la dignidad ciudadana, que se sembró en Pampatar para forjar generaciones y de su mano prodigiosa, cosecha recogida son Rosauero y José Rosa Acosta, Rodrigo Ordaz Indriago, Luis Oscar Martínez, Bernardo Acosta, Jóvito Villalba Silva y Efraín Subero, maestros, poetas, artistas, científicos, historiadores, ciudadanos cabales, hombres del servicio y de la entrega.

Para el difícil arte de enseñar a construir piedra sobre piedra, ladrillo tras ladrillo, su padre, como el mío, aprendido en la sapiencia imponderable de mi tío Hermenegildo, hizo su propia escuela y la trascendencia medioeval del artesanado le perpetuó el título de Maestro a su padre, Jesús Noriega, Chuchú Noriega para el pueblo.

La vocación de Luisa Noriega recogía, además, la de una Ciudad, que ancestralmente ha sido reconocida cuna de maestros, músicos y panaderos, imbuida en la necesidad de enseñar para perennizar el secreto de la elaboración prístina del alimento del cuerpo y del alma. La escuela de vocación es la espiga hermosamente elevada al viento en el jardín de la más pura ilustración asuntina.

La espiga que embellece y perfuma y dejar caer el grano en el surco generoso. En las escuelas de vocación, todos acunamos, antes del ciclo oficial, nuestros cuerpos y mentes infantiles. En las sillitas de cuero caprino o en los descansitos de lona o de saco de harina de las escuelas domésticas de Inés Albornoz, de mi tía Cayetanita Narváez, de Rosa Ana Marcano, de Carmelita Mata y de Casta Brito se levantaron nuestros primeros sueños a la par que memorizábamos en el signo arábigo en sus caracteres de imprenta y en cursiva.

En mi caso particular, en el corredor de Carmelita Mata solté mi primer grito de justicia en una maldición para el lobo y una lagrima para el Torito Colorado. Y en el jardín de Casta Brito, la vieja Tata, aprendí que el colibrí, que después vi inmortalizado en el verso de Luis Enrique Mármol: “Todo una loca vibración inmóvil”, liba en la rosa, penetra con su agudo pico el pistilo, no en actitud erótica, no en aberrante y lascivo acto de violación, ni para saciar una prosaica necesidad alimentaria de un cuerpo frágil al cual el solo rocío podría mantener. Sino para decirnos que la flor es bella; pero que toda belleza exterior es perecedera y es necesario penetrar en las interioridades del alma para hallar la fuente de la única, inextinguible y auténtica belleza, la del espíritu. Amigo colibrí que he recordado con cariño tratando de descifrar el misterio de la Magdalena de Donatello.

Un exceso de profesionalismo que a veces practicamos los universitarios; el extremo de los medios en la necesaria denuncia del empirismo, en ocasiones nos conduce a perder el verdadero sentido de la vocación y, especialmente, de la vocación en el campo educativo. Luis Beltrán Prieto, que ha sido pionero y activista de la profesionalización del magisterio, cita con notoria simpatía, la definición que nos deja el maestro Juan David García Bacca. Vocación: “llamada siempre de un Dios supranosotros, o del Dios que está en cada uno; siempre también inspiración de algo nuevo frente a lo conocido y consabido por la naturaleza, vocación es, pues, siempre algo sobrenatural. Incitación explícita a sobrenaturalizarnos”.

Del mismo modo Prieto muestra afinidad con los criterios de Gregorio Marañón, que era científico y sabio, médico y filósofo, emparentaba la vocación con

el amor religioso, y por su cercanía a éste rendía consideración especial a la vocación del artista, del sabio y del maestro. Decía Marañón: “En estas tres ocasiones, la vocación impulsa al hombre, por encima de toda otra elección, a crear belleza, si es artista; a buscar la verdad y la belleza conocidas y el modo de buscar las ignoradas. Y por gozarse es este fin único, el artista, e sabio o el maestro, están dispuestos siempre a dejarlo todo y a renunciar a los goces materiales que son, por lo común, hartos precarios para el ejercicio de estas tres vocaciones”. El sabio Marañón, que, sin dudas, en esa frase quiso retratar su propia sabiduría y su vocación científica, sin saberlo, dibujó a Luisa Noriega, a su capacidad de entrega, a su desprendimiento de los goces materiales, a su pasión de servicio, a su desdén a la satisfacción sensual.

Pero con responsabilidad de maestra, de mujer de su tiempo, con su sentido de contemporaneidad, sin renunciar a su vocación, formó filas en las primeras legiones de las jornadas de capacitación del magisterio y de mejoramiento profesional. Allí obtuvo su título de maestra normalista, que no la capacitaba para un oficio que de sobra conocía y había ejercido con la más extraordinaria eficiencia; pero preservaba a otros efectos su escala y jerarquía.

Profesional de la educación es su hermano Rafael, con más de cincuenta años ininterrumpidos de ejercicio honorable, abnegado y fructífero; y lo fue su hermano Froilán, de dilatada y brillante trayectoria docente compartida hasta su muerte con su labor de jurista. Luchador permanente de las causas del derecho, la justicia y la cultura. Y lo había sido su hermana Albina, viajera prematura, que se marchó en primavera, promesa trunca de la pedagogía nacional, compañera de aulas en la Escuela Normal, de maestras insignes que han dejado luminosa huella en los anales de la enseñanza moderna, como mi tía Cecilia Oliveira de Prieto, María Elena Albornoz de Lárez y Otilia Quijada de Zerpa, esta última, afortunadamente supérstite, viva para el testimonio y el ejemplo.

En el ejercicio de tu apostolado pedagógico canté a tu alfabeto de luz y a tu catecismo de amor, herramientas mágicas de tu labor de sembradora. Tu alfabeto

de luz, porque tu enseñanza no se agotaba en el mecánico ejercicio de deletrear y leer; sino que penetraba en la esencia de la palabra como don supremo del hombre. No era fácil en aquel momento entender el valor del tesoro que en nuestras manos ponías cuando nos iniciabas en el conocimiento de la lengua y nos dotabas de mecanismos para su uso y defensa. Ahora sabemos lo que significa tu insistencia en que el hombre era el único animal capaz de transmitir el pensamiento y valerse de la palabra como medio de expresión. Amar ese instrumento, que significa la preservación del idioma, la pasión de la lectura, el conocimiento del habla popular, nos ha permitido diferenciarnos de los simples repetidores de sonidos y frases mecánicas.

Y tu catecismo de amor era tu compenetración total con la verdadera palabra divina. Era distinto tu Dios y por supuesto el nuestro, al Dios predicado por otras catequesis. Este es el Demiurgo que llama sólo a la obediencia y juzga conductas para premiar o condenar. Un Dios que a lo sumo perdona. Los mandamientos de la Ley de Dios, con lógicas y elementales variaciones, son un lugar común en las religiones de Oriente o de Occidente, del presente o de la Antigüedad. No mataras es un mandato que sin diferencias repiten los budistas como los mahometanos. Pero sólo el Dios que tú enseñabas, el mismo que Saulo de Tarso llegó a enseñarle a los atenienses bajo la forma del Dios desconocido, solo él, a ese mandamiento agregaba. “Amaos los unos a los otros”. Tú comprendías y trasmitías la diferencia entre el amor y el perdón. Tú enseñabas que el Evangelio más que un frío anecdotario de milagros y una relación de crueldades del Imperio Romano y sus agentes internos en Judea, es el mensaje redentor del Sermón de la Montaña; porque en cada respuesta a la tentación satánica hay un mensaje para el hombre, un dictado de justicia y de amor. Tu exégesis elemental y sencilla se adelantó a La Piedra que era Cristo de Miguel Otero Silva, porque, tu, como, Miguel, entendías que cuando Jesús pregonaba que “No sólo de pan vive el hombre sino también de toda palabra que diga la boca de Dios”, estaba diciendo que “Tampoco solo insinúa al hombre que viva sólo de pan, para esconderle la misión del espíritu. Ni faltará quien le aconseje que viva sólo de espíritu, para negarle su derecho al pan. Ambas propuestas ofenden la justicia del Padre”.

Tu Catecismo de amor nos descubrió antes que el rito se oficiara en nuestra propia lengua y la Eucaristía lo confirmase en la oración, que el “pan es fruto de la tierra y del trabajo del hombre” y que ofende al Padre y a su justicia quienes, por ser dueños de fortuna y de medios de producción, niegan o encarecen el pan a quien lo trabaja. Por la vía de tu Catecismo de amor llegamos un día, ya en nuestra madurez, a la fuente del Eclesiástico, el libro extraordinario que niegan las otras Iglesias Cristianas, las que orientan el espíritu de los países poderosos de la tierra. Y comprendimos que lo niegan y lo suprimen y lo excluyen del Antiguo Testamento, para no oírlo cuando dice en su Capítulo 34, versículos 26 y 27: “Mata al prójimo quien le priva de la subsistencia y derrama sangre quien quita su salario al jornalero”.

Quiero decirte, Madre mía, que este acto de hoy entraña más que un homenaje. Aquí todos queremos un poco utilizarte otra vez. Lo digo sin rubores y con sinceridad, porque sólo tú nos comprendes. Yo, por mi parte, ya te he utilizado; a sabiendas de que nunca reuniré tanto mérito para alcanzar este honor que ahora el pueblo de La Asunción te defiere, ya me siento honrado con haber sido escogido para honrarte. Y no me ha sido difícil cumplir con la encomienda. Confieso que siempre me ha costado mucho ejercitar mis facultades intelectuales; siempre me ha costado mucho esfuerzo mental escribir una página, redactar un alegato, escribir o improvisar un discurso. El cerebro es el órgano más complicado y más desconocido del cuerpo humano. Psicólogos, psiquiatras y neurólogos, computadoras, tomógrafos y los más modernos y sofisticados equipos todavía no alcanzan a descifrar totalmente su misterio. ¡Como es difícil ponerlo a funcionar! Pero, en cambio ¡Qué fácil es poner a hablar al corazón!

Este acto de hoy es algo más que un homenaje. Te lo digo aquí en confianza. Todos estamos sobrecogidos de amor, de admiración y de gratitud por ti; pero, como te sabemos tan útil como el día de tu primera clase, queremos y necesitamos utilizarte. Esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, está seriamente amenazada. Te necesitamos para que seas, como Rodrigo, quien convoque las huestes de la

resistencia. Te necesitamos para que seas nuestro moderno Andrea de Ledezma cuidando la inexpugnabilidad de nuestras murallas del espíritu.

Una vez denuncié que cerca de nuestras puertas urbanas acechan el mercantilismo exacerbado, el afán de la riqueza fácil, la quiebra de la ética, la inversión de valores, el espíritu de aventura, la asfixia de la capacidad creadora, la audacia desenfrenada, el estrangulamiento de la imaginación, la almoneda de dignidades, el imperio del vicio. Y, ciertamente, entonces levantamos nuestros contrafuegos morales. Pero el peligro no se ha extinguido. Por el contrario, amenaza con nuevas incursiones. Ya se anuncia una avalancha de ruleteros y cruplés y ya se oye el macabro sonido del hueso en el cubilete. Los mercaderes de ultramar, de corto espíritu y bolsa ahíta, se frotan las manos contando futuras ganancias, como el insomne cuenta ovejitas saltando talanqueras. Detrás de esa avanzada, vendrá la lógica parafernalia de violencia, inseguridad personal, sexo y droga. Otros ya se han rendido. Algunos por estimulado convencimiento, otros por consciente impotencia. Por ninguna de esas dos vías llegaran a La Ciudad, porque están integras nuestras reservas morales y tú eres nuestro portaestandarte.

La tarea es difícil, porque el enemigo es poderoso. No escatima recursos ni medios de penetración. En Madrid La Pasionaria dijo ¡No pasarán!; pero pasaron, entraron con bombas y metralhas en los tanques, carros y aviones del fascismo. Destruyeron ciudades, asesinaron, saquearon, quemaron universidades y bibliotecas y gritaron ¡muera la inteligencia! Se quedaron cuarenta años y ahora volvieron a pasar. Ahora no trajeron cañones ni tanques ni aviones, ya no los necesitan. Ahora tienen otra cara. Traen los cantos de sirena de la libertad y del mercado. Taladraron los muros de un gobierno popular y democrático. Construyeron hoteles, casinos y puertos, sobornaron funcionarios, financiaron campañas electorales, distribuyeron beneficios. Sembraron el juego, la droga, la corrupción y otra vez mataron el alma española que Andrés Eloy nos enseñó a cantar.

Vamos a trabajar todos para contener al enemigo. Los que aquí están, de alguna manera han hecho su tarea. Ha llegado la hora de convocar a nuestra

inteligencia peregrina, que es mucha y valiosa. Vamos a invitarla con el verso iluminado de Vicente Gerbasi: “La tierra nos reclama más de sí misma, más cerca del sueño en que la vemos”.

Y vamos a luchar contra la desidia, que a veces es nuestra propia desidia. Vamos a luchar contra el abandono, que a veces es producto de nuestra falta de reclamo. En La Ciudad se han iniciado durante los últimos doce años, nueve obras, todas importantes: El Palacio Judicial, el gimnasio cubierto, el matadero, el cuartel de policía, el mercado, el estadio, la sede del Ministerio de Desarrollo Urbano, el ambulatorio Luis Beltrán Prieto y la Biblioteca Loreto Prieto Higuerey. Ninguna ha sido concluida, algunas están abandonadas y otras se mueven en la escala zoológica, muy bien calificadas, para la disputa de los títulos de cangrejo de oro y elefante blanco.

Para abanderar todas esas luchas te necesitamos Madre mía. Y te queremos sana, jovial y vigorosa como siempre. Una vez te enfermaste, te alejaste unos días de La Ciudad, y yo, que nunca escribo cartas, te escribí una para decirte que regresaras a retomar tu magisterio y tu liderazgo de amor. Porque en La Asunción un día sin ti es como un año de vacío, sin azucenas en los portales, sin agua en los estanques, sin estrellas en la madrugada.

He obedecido el mandato del corazón y con ello creo interpretar la intención de todos. Creo haberle dicho esta mañana a Luisa Noriega parte de lo que todos hubieran querido decirle. Mucho de lo que hoy les dije son reiteraciones, ya se lo había cantado.

Gracias madre y maestra, maestra y madre, por habernos hecho hombres útiles. Gracias, por habernos enseñado a defender el derecho a un mundo solidario, equitativo y justo, a una sociedad participativa e igualitaria, armónica y plural al mismo tiempo. A soñar con una Patria autónoma y nuestra. Gracias por habernos enseñado a pensar.

Hoy es día para celebrar la evidencia constatada de que por muchos años todavía, Luisa Noriega compartirá nuestras angustias y nuestras alegrías y mientras permanezcan intactas sus manos de alfarera de la aurora, nuestros nietos tendrán caminos y nuestros hijos podrán cantar seguros con Gonzalo García Bustillos el verso que arrebaté a su último libro, aún inédito, y les entrego en traviesa infidencia:

*“El niño que me nazca
será un niño de barro
con manos de oricalco,
que tenga olor de luna
como los navegantes
y junte a media noche
el principio y el fin”.*

LA CIUDAD SIGUE

Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en la Casa de la Cultura, el 29 de julio de 1982, en el Homenaje al General de Brigada Enrique Agustín Prieto de Silva.

LA CIUDAD SIGUE

*“La tierra nos reclama más cerca
de sí misma, más cerca del
sueño en que la vemos.”*

Vicente Gerbasi

No quiero comenzar este discurso con el tradicional formalismo de agradecer a los organizadores de este hermoso acto el honor que me han dispensado al designarme orador de orden. No quiero hacerlo, no por falta de cortesía, en la que no me gustaría incurrir, ni por mi natural y proverbial desapego a las formas preestablecidas, ni por jaquetona pedantería, que nunca me ha sido propia. Se me ha pedido que haga eso que llaman el elogio del homenajeado en este reconocimiento que La Asunción rinde a uno de sus hijos dilectos, el General de Brigada Enrique Agustín Prieto Silva, lo cual es una alta distinción imposible de eludir; pero entraña un compromiso y los compromisos no empeñan la gratitud.

Cuenta André Malraux que Máximo Gorki, durante su juventud sentía la necesidad de seguir en secreto a la gente para inventar sus personajes y que lo mismo hacía Honorato de Balzac. Diego de Rivera seguía en secreto a los indígenas que tenían la costumbre de llevar a la Virgen de Guadalupe pequeños retablos con autorretratos, que colocaban sigilosamente debajo del manto de la Patrona, como retribución de algún milagro. Esas figuras no las copiaba el maestro. Con ellas inventaba los personajes de maravillosos murales, estupenda muestra del realismo mágico de la plástica continental.

Confieso que yo lo he seguido a usted en secreto, General Prieto, y ahora que tengo que hablar de usted en público, me han dado el tema y la oportunidad para el mejor de los discursos, pero siento que pierdo un personaje. Esta gente de La Asunción lo conoce a usted mejor que yo y eso me priva del creativo placer de

inventarlo; porque, como decía el propio Malraux, con respecto al retrato y hasta con el autorretrato, desde las efigies de los escultores egipcios hasta las telas cubistas, nadie piensa que la intención del artista sea la imitación del modelo. Por eso, como diría Saúl Bellow, es una suerte de privilegio posar para un retrato de dos narices de Picasso. Pero con referencia al retrato literario no sólo se cree lo contrario sino que se exige fidelidad y realismo. Y yo, General, a usted quería inventarlo.

Esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, tiene un héroe singular, cuya obra, cuyo pensamiento y cuyo ejemplo, para muchos son desconocidos, se mantienen entre neblinas. 1810 es un año fundamental en los albores de la libertad americana y en la historia de Margarita. A fines de Abril con la misión específica de informar a los margariteños sobre los sucesos del 19 del mismo mes, llega a la Isla Don Manuel Plácido Maneyro, testigo y protagonista de los acontecimientos caraqueños. Nuestro héroe acompaña a Juan Bautista Arismendi a la velada de la casa de campo de La Estancia, junto a la alberca de aguas cristalinas, donde el ilustre Patricio de Pampatar y el indómito asuntino deciden la estrategia para la adhesión de Margarita al movimiento de Caracas y el inicio de la lucha por la Independencia.

El dos de Mayo, cerca de este recinto de la cultura, en la espaciosa casa colonial de Don Simón de Irala, mientras Doña María y el Padre Don Domingo Merchán vigilaban desde el portal, bajo El Guayacán; entre humeantes tazas de café servidas por las gráciles manos de Rosarito, nuestro héroe se sienta con Arismendi, Joaquín De Guevara, Francisco Maneyro, Ignacio Sárraga y Andrés Narváez, en las mecedoras de mimbre que crujen a ritmo penduleante sobre la terracota de los amplios corredores entre los tiestos de las begonias en flor. Es la reunión definitiva para trazar un plan de acción conforme a las instrucciones traídas por Don Manuel Plácido.

“Hace mucho calor”, dice el sacerdote agitando el bonete, de acuerdo al código de señales convenido para anunciar la cercanía de la recorrida nocturna de los esbirros de Puelles, y la conversación de los próceres cambia de tema. Los

precios del tabaco y las perspectivas de la próxima temporada de pesca de perlas asomaban con desinterés.

“Esta noche ya no llueve. Salió la luna”, decía Doña María, para anunciar que los guardias se habían alejado, mientras extraía del corsé el pañuelito de seda y encajes; y los patriotas retoman el hilo de la estrategia subversiva. Al final todo está decidido. El cuatro de Mayo serán los acontecimientos. Deposition y detención domiciliaria del Gobernador interino Joaquín Puelles y pronunciamiento de Margarita en respaldo a la junta constituida en Caracas.

El tres es un día de intenso ajeteo revolucionario. Nuestro héroe transpondrá en la madrugada El Portachuelo para contactar en El Norte a Policarpo Mata y en Juangriego a José Manuel Marcano. Esa misma noche Francisco Maneyro saldrá para convocar en Pampatar a Cayetano Silva y en su finca de Sabana Grande a ese Heraldo de la Libertad que es el vasco Don Juan de Aguirre.

El líder Juan Bautista Arismendi asume la difícil tarea de convencer al realista Don Cristóbal Anés de que acepte la Presidencia de la Junta y Joaquín de Guevara, el futuro Gobernador, la de explicar a Don Francisco Olivier el carácter institucional del movimiento y la fidelidad a los derechos de Fernando VII.

Así quedaba echada para siempre la suerte de nuestro héroe, de este hombre extraordinario, hasta entonces modesto maestro, ocupado en las tareas de mercadeo de productos de la pesca y en la orfebrería fina, lector de los enciclopedistas y desde 1806, cuando se avistó en Pampatar la malograda expedición de Miranda, asiduo de todas las escaramuzas conspirativas que se fraguaban en la logia masónica de La Asunción. Compañero inseparable de Arismendi, ahora le tocaba empuñar las armas. Ahora entiende que la Independencia es una obra de imponderables dimensiones y riesgos, que exige los mayores sacrificios y, sobre todo, que no se conquista sólo con las ideas, con discursos y con proclamas. Con las armas en la mano, desde el comienzo, como asistente del Comandante General de las Milicias, el ahora Coronel Juan Bautista Arismendi, cumple la más limpia y heroica hoja de servicios.

En 1811, cuando el Gobierno Central decide la expedición para la libertad de Guayana, nuestro hombre figura al lado del joven Teniente de Infantería Santiago Mariño, en el contingente de doscientos hombres que le correspondió a Margarita al mando de Arismendi. Al lado de éste, en la gloria y en el infortunio, ya con el grado de Teniente Coronel, perdida la primera República, está entre los primeros conjurados patriotas con Cayetano Silva, Don Simón de Irala, Antolín Del Campo, Rafael de Guevara y un centenar más, presos y condenados a purgar en el infierno de las bóvedas de La Guaira su amor a la Patria y su decisión irreversible de hacerla libre.

Recobrada su libertad de esa infausta ergástula de la tiranía, regresa a Margarita para no cejar un solo instante en la tesonera y legendaria gesta libertadora insular. No hay un solo acontecimiento civil o militar de la Independencia que le hubiere sido ajeno. En 1814, cuando el resto de la Patria se desangraba –bajo la férula salvaje de Boves, Cervériz, Zuazola, Antoñanzas y Rosete– Margarita es el territorio libre de América y nuestro hombre forma con el Licenciado Gaspar Marcano y Don Juan Antonio Silva el Gobierno Civil y Político de la Isla, con Juan Bautista Arismendi, ahora General de División, como Comandante en Jefe de las Fuerzas Militares. Por instrucciones de Arismendi se rinden al inconmensurable poder de fuego de la expedición de Pablo Morillo; pero tan pronto éste da la espalda y pierde el navío San Pedro Alcántara frente a Coche, organiza en la Isla la resistencia.

El 6 de Mayo de 1816, luego de la histórica asamblea de Santa Ana del Norte, el propio Libertador le confirió el grado de Coronel junto a Celedonio Tubores, José Maneyro, Pablo Ruiz, Ricardo Mesa, Francisco Esteban Gómez y Policarpo Mata.

Hombre de notable grado de instrucción y artesano de probada capacidad, en el Ejército no sólo hace la guerra, sino que enseña a leer y escribir a los soldados, los educa para la paz y para la construcción de la Patria libre que soñaba. Actúa como redactor de los boletines, partes,

proclamas y demás medios de comunicación e información de los comandos y establece en la Otra Banda, con Juan Lira (El Indio Libre), José Dolores Salazar, Juan Galeno, Manuel de Obando, Felipe Hernández, Domingo Rosas y otros, las maestranzas de armería, carpintería, herrería y zapatería para la fabricación del material logístico de apoyo esencial de las fuerzas redentoras. A su habilidad y talento, afán y abnegación patrióticos se debe la obra de las múltiples fundiciones para la fabricación de las rudimentarias piezas de artillería que desde La Caranta, La Libertad, Número Uno, Número Dos, El Tamoco y El Portachuelo, a las órdenes de Felipe Villalba y Cayetano Silva, refrendaban el éxito de la Infantería y la Caballería de Arismendi, Francisco Esteban Gómez y Policarpo Mata.

En Matasiete, La Batalla, así, con mayúsculas, culmina su gloria militar como Comandante de Compañía y Oficial de confianza de Francisco Esteban Gómez. Pero era fundamentalmente un hombre de pensamiento civil y democrático, un republicano de profundas convicciones y de formación liberal y laica. De Matasiete bajó con un pensamiento construido en densa y sólida reflexión. La libertad que ahora se alcanzaba no era otra cosa que el comienzo del compromiso de construir la Patria sobre las bases perdurables de la paz, la convivencia, el trabajo y la justicia. No había hecho la guerra para repartirse el botín; no había empuñado las armas para sustituir una injusticia por otra. Trajo en la mente una idea y en las manos un arbolito que sembró donde hoy está la Plaza Arismendi; donde antes estuvo el Convento, la Iglesia y la Plaza de Santo Domingo y donde, en 1610, Bernardo de Vargas Machuca, el colonizador civilizador y progresista, había soñado redimir a la Isla del fantasma de la sed, construyendo una fuente de siete caños y el primer acueducto de Margarita.

Allí perdura el Guayacán de la Plaza Arismendi, el más añoso de nuestros árboles. En su copa todavía cantan las paraulatas y duermen las angoletas y en sus ramas todavía el viento mece y esparce el mensaje

humano, cívico y patriótico de ese hombre extraordinario que fue, General Prieto, su tatarabuelo y el mío y que se llamó Don Juan Miguel de Lárez.

La historia de esta Ciudad, de nuestra Ciudad, de La Ciudad, de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, puede sintetizarse en un hombre. Había nacido en 1861, dotado de un talento extraordinario, de una calidad humana sin límites, de una sensibilidad exquisita, de la divinidad de los iluminados. Su amor a la humanidad lo lleva al recinto universitario de donde regresó con un título, pero no para el enriquecimiento, no con un instrumento para señorear sobre sus semejantes que no tuvieron la suerte de adentrarse en los caminos de la ciencia. El pueblo venezolano, bajo las banderas redentoras de Zamora, había hecho a sangre y fuego patente su consigna de educación popular, gratuita y obligatoria; pero apenas comenzaba a materializarse ese derecho que aún hoy sigue siendo un desiderátum. Más que con un título, volvió a la Patria Chica dotado del acervo humanístico y científico para entregarse con pasión a la más sublime de las obras del hombre: la de arrebatarle criaturas a la muerte. Francisco Antonio Rísquez y Luis Razetti habían encontrado en la pasión y en la despierta inteligencia de este joven margariteño abonado caldo de cultivo para su prédica inmortal.

Este hombre es en Margarita el primer científico con conciencia sanitaria, con absoluta visión y perfecto conocimiento de la profilaxia y de la medicina social y, como Presidente de la Junta de Sanidad de La Asunción, que asumió en 1908, siembra conciencia en ese sentido. Es un científico y un pensador formado dentro de las frescas concepciones del racionalismo y su profunda cultura y formación integral lo llevan a la fenomenología. Para él la reproducción y la conservación son las leyes supremas de la vida.

*“La eterna ley de la reproducción y de la conservación;
del número y la armonía. Salmo del progreso”.*

Cantaba emocionado.

“Perpetua sinfonía de Eros a la sublime grandeza del Cosmo. Por esa ley, todo ser organizado nace para combatir. Desde la bacteria hasta el león; desde la paloma hasta el ciervo; desde el antropoide hasta el ser humano, arquetipo de la escala”.

Pregonaba con acendrada convicción.

Se ha dicho que el mundo debatirá eternamente entre las concepciones de la materia y el espíritu. Se ha dicho que ese abismo que se abre entre las frases de la Biblia: “El verbo se hizo carne” y la de Fausto: “El verbo se hizo acción”, condensa y sintetiza el drama infinito del hombre y la existencia. Este hombre maravilloso, en 1918 había dicho:

*“Y porque todo ser organizado nace armado,
la lucha es un canon litúrgico.
Acto de necesidad; de ofensa y de defensa;
de creación y de exterminio; de análisis y síntesis.
Es acto de necesidad, porque la lucha perfecciona.
De acción y de reacción, porque equilibra.
De ofensa y de defensa, porque salva.
De creación y de exterminio porque transforma.
De análisis, porque redime”.*

Es la dialéctica en su forma poética más hermosa. “Lo esencial, lo impreterminable, es la acción”, repetía convicto Heracritiano.

Sentía necesidad incontenible de transmitir los conocimientos, de formar generaciones, de sentar su cátedra de sabiduría, de amor, de dignidad ciudadana y de rebeldía analítica. Y fue maestro. A los 26 años de edad era Rector del Colegio Federal La Asunción, el más importante centro de

ilustración del Oriente Venezolano en el siglo pasado. Pero, además, era un jurista genuino. Su título universitario era de médico, pero ejerció el Derecho con la brillantez y la sapiencia que envidiaríamos todos los que después hemos creído ser abogados. Y ejerció el Derecho con el ideal que luego expusieron Ángel Ossorio y Gallardo y Eduardo Couture: haciendo profesión de fe del Derecho y la Justicia, pero adhiriendo al campo de la Justicia cuando los encontraba enfrentados. Abogó en estrados por las causas justas, denunciando la injusticia del Derecho circunstancial y efímero creado sólo para servir a los poderosos y a los detentadores del poder. Y fue un magistrado sabio y prudente en la aplicación de la ley y en la dispensa de la justicia. Pero fue fundamentalmente un filósofo y un filósofo del Derecho. Una vez dijo:

*“Los pueblos que viven libres van al Derecho; caminan con la conciencia que brilla como un astro en el cenit de todas las sociedades:
El ideal de la redención por la justicia y por la igualdad ante Dios y ante la ley.
El Derecho es la perfección, la grandeza del individuo así como la perfección y la grandeza de las colectividades.
Nación que no cruza por esta vía, va camino del retroceso que es la antítesis ignominiosa del Progreso”.*

Este hombre, como El Libertador, hecho de pasiones, tenía una pasión suprema: La Libertad. En pleno imperio de la barbarie, dijo con el valor y la autoridad de los hombres superiores:

“La libertad tiene culto en todas las conciencias y por eso cuando el despotismo la estrangula, ruge con el alma de las divinidades salvajes”.

Y antes había dicho:

*“Entre todas las conquistas humanas,
la suprema conquista es la libertad”.*

Este hombre es un demócrata de la más rancia esencia y un revolucionario con precisas concepciones sobre la transformación revolucionaria de la sociedad.

“La sociedad necesita reformas radicales y lucha por alcanzarlas. El pretexto puede ser cualquiera, pero el fin no; es uno: invariable como el axioma; concluyente como el número.

El mundo necesita la democratización de todos sus poderes, porque democratizar es civilizar, y tiende a ese objeto”.

Decía este hombre multidimensional en 1918 y concluía:

“No hay términos medios.

O impera en las naciones la democracia, o no impera.

Si lo primero, habrá triunfado el pueblo.

Si lo segundo, la civilización, tocada de parálisis, habrá de ocultar avergonzada el rostro”.

Este hombre era un periodista. No sólo fundó y dirigió muchísimos periódicos, revistas y publicaciones, en una época de recursos técnicos y económicos tan exiguos. “El Espartano”, “El Globo”, “El Impulso”, “El Defensor”, en el siglo pasado; “Gaceta Municipal”, “El Neoespartano”, “Cronos” y otros, en las dos primeras décadas de este siglo; sino que fue el más gallardo y valiente defensor de la libertad de prensa. Uno de sus poemas más extraordinarios concluye con estos versos, que debieran utilizar como epígrafe permanente los periódicos de la Isla:

“La prensa es el ariete poderoso de la civilización.

Cuando ella cruje, deben enmudecer los cañones”.

Este hombre era visionario. Un gran asuntino de América, forjado dentro de la más pura concepción americana de Bolívar. Este hombre ya en

1907 visionaba la problemática continental de hoy, y con clarividencia sólo igualada por El Libertador o por Mariátegui, cantaba a Cuba denunciando la fatídica Enmienda Platt y previniendo a América sobre el peligro del expansionismo imperialista.

*“Al golpe de la barbarie ha sucumbido Cuba.
Y la raza latina, castigada por sus errores acaba de sufrir
en América una nueva derrota”.*

Decía con tono atormentado; y con un claro sentido de la unidad americana, decía:

*“Mientras los pueblos no busquen en la unidad de acción
el derecho de la fuerza, no son pueblos.
Son rebaños, hordas abyectas, sin otra cohesión que las necesidades
del momento.
En donde quiera que se renuncie al derecho de ser libre el despotismo
imperera”.*

Y con un sentido profético increíble concluía con unos versos que durante los últimos tiempos, con ocasión de la crisis de las Malvinas, he tenido que recordar con patetismo.

*“Enfrentarse al dragón he ahí la consigna.
Triunfar de la fuerza, he ahí el triunfo.
Cuba no es ni puede ser la tumba del derecho en América.
Pero sí la profanación.
Cuba no es ni puede ser el alma de la raza indígena
sepultada bajo la planta de los verdugos de la libertad.
Pero sí el honor agraviado.
Vindicar para la historia ese ultraje, es un deber.
Cumplamos, pues, con vindicar la historia”.*

Este hombre extraordinario, científico, humanista, orador, filósofo, luchador, soñador, visionario, esteta, profeta, poeta, que sintetiza todas estas cosas en su poesía formidable:

*“Por el arte, el hombre lucha y triunfa la belleza.
Por la ciencia, lucha también y triunfa la razón.
Por el derecho, triunfa la libertad”.*

Ese hombre maravilloso, Asuntino del mundo, que sembró La Ciudad de hijos, de amor, de fe, de sueños, de esperanzas, General Prieto, fue su tío y se llamó Enrique Albornoz Lárez.

En esta Ciudad, en nuestra Ciudad, en la Ciudad, hay un hombre forjado dentro de los más severos principios republicanos y morales, maestro desde la más temprana edad, entregado a la más sublime de las pedagogías, la formación de magisterios; la creación de conciencia para la siembra de conciencias en el aula, a la acción en la vida diaria, pública y privada, con el ejemplo de una conducta. Y a la tesonera y constante entrega al trabajo creador y a la prédica militante de la dignidad ciudadana. Formado desde niño en la dura disciplina de la causa de la libertad y la justicia, ve discurrir su juventud consagrado a la lucha por el rescate de las libertades públicas, en la actividad diaria contra la barbarie y contra el oscurantismo. En plena juventud, cuando el siglo XX en Venezuela se parte en dos con la desaparición de la satrapía más prolongada padecida por la Patria desde la separación del dominio español, entra de lleno a las tareas de la construcción de las instituciones civiles fundamentales de la vida ciudadana y a la militancia activa en las organizaciones básicas de la estructura democrática, al lado siempre de las mejores causas, con la mística actitud de la prédica refrendada por el ejercicio impoluto del credo predicado. Alejado de las hipócritas posturas de los farsantes de la vocinglería hueca; este hombre, por el contrario, en silencio más bien, proyecta su ideario con la ofrenda de una vida recta y digna. Este hombre que con una Asuntina de recia envergadura moral

funda un hogar Asuntino ejemplar, es General Prieto, su padre y se llama Enrique Prieto Albornoz.

De esta recia estirpe es el General Enrique Agustín Prieto Silva, el hombre a quien esta noche, con retardo, La Asunción rinde justo homenaje de reconocimiento, de afecto, de cariño, de gratitud.

En la vida de este hombre parece cumplirse la parábola del tatarabuelo. Este depuso las armas en los momentos en que la Patria requería la acción cívica para la reconstrucción de un mundo devastado por la guerra. Este de ahora se forma en la Escuela Normal Rural de El Mácaro y luego en la de Rubio, de donde egresa en 1951 para continuar la tradición pedagógica familiar. Y con Víctor, su hermano, inicia una labor educativa, desde el comienzo recibida con reconocimiento unánime de una colectividad que empezaba a entender la renovación en las técnicas de la enseñanza. Formado para impartir una educación alejada de academicismos y vinculada a los recursos del medio y a las necesidades fundamentales del desarrollo, que fue, consecuente con el ideario de Simón Rodríguez, la esencia de la filosofía educativa de las escuelas de El Mácaro y de Rubio. Pero en ese momento una peligrosa posibilidad se cernía sobre una de las instituciones primordiales de la estructura republicana. Una imagen falsa de la Institución Armada amenaza proyectarse. La minúscula camarilla que había usurpado su nombre escarnea la Nación, ultraja la dignidad, subvierte los valores. Esta actitud está muy lejos de reflejar el verdadero sentimiento y el pensamiento de las Fuerzas Armadas Nacionales. Por eso quienes, por compromiso patriótico y por mandato del ancestro, se sienten obligados a impedir que se propague la imagen falsa, entienden como una verdadera cruzada reforzar la acción de los hombres que en el propio seno de la institución son sostenes de su dignidad y de su majestad como supremo garante de la soberanía nacional, de la integridad de la Patria, de la paz ciudadana y del ejercicio de las libertades públicas.

Esta es una jornada que, como en la decisión heroica del tatarabuelo, no se cumple simplemente con declaraciones de principio, sino con la acción directa, la incorporación activa. A Margarita, como en todas las horas del requerimiento patrio, le correspondió un contingente de sus mejores inteligencias y voluntades. Es un aporte de la mayor significación. Por su intachable carrera de oficiales, por su contribución a la elevación técnica y moral de las Fuerzas Armadas al sitial de dignas herederas de las armas de Carabobo y Matasiete, que hoy ostentan con justicia, hombres de Margarita constituyen pilares fundamentales en nuestro Ejército y en nuestra Armada. Generales de Brigada como Andrés Agustín Medina Torcat, Juan Arévalo Vásquez Cedeño, Eucario Velásquez Brito, Rafael Gamboa Marcano y Enrique Agustín Prieto Silva; Coroneles como José Albornoz Tineo, Ramón Medina, Julián Campos, Cruz Higuerey, Rosas Caraballo, Jesús Rafael Mujica, Cruz Modesto Alfonzo, Manuel Eurresta, para sólo nombrar algunos de los de mayor rango, constituyen una digna representación de Margarita en las jerarquías de la Institución Armada.

Es admirable en este hombre que homenajeamos esta noche, como en los otros oficiales nuestros, su capacidad para seguir vinculado a la vida, a las angustias, a las penas, a los sueños, a las esperanzas de la tierra nativa. Como el marinero de los versos de Francisco Lárez Granada, puede cantar:

*“La tierra no queda atrás,
la tierra no se ha perdido,
porque adonde yo me vaya
se irá la tierra conmigo;
la tierra querida y buena,
la tierra que soy yo mismo,
porque su pena es mi pena
y la pena de mis hijos”.*

Lo grande de este hombre que homenajeamos esta noche es saber llevar con las más grandes responsabilidades el uniforme, sin dejar de ser maestro,

sin dejar de ser artista y, por el contrario, desarrollando su inagotable afán de conocimientos y alcanzando los más altos niveles de formación universitaria. Cuando en 1953 abandona la Escuela Antonio Díaz de Juangriego para ingresar como Cadete en la Escuela Militar, creíamos que habíamos perdido un maestro. Cuando egresa de la Escuela Militar en 1958 con el grado de subteniente, como integrante de la Promoción Batalla de Niquitao, creíamos que habíamos perdido un artista. Ahora sabemos que nuestro patrimonio pedagógico y artístico no ha sufrido mengua alguna y, en cambio, hemos ganado no sólo al Oficial de las Fuerzas Armadas del que hoy nos orgullecemos; sino, además, un profesional del Derecho de la más alta capacidad técnica con especializaciones en Criminología y Administración Pública y un ciudadano de vida ejemplar cuya pedagogía comienza con la formación de un hogar, reflejo de la más elevada síntesis de los principios morales y espirituales.

Lejos están ya aquellos días, cuando La Ciudad comenzaba a formar la conciencia de este hombre. La Asunción era aún la Ciudad que cantó Enrique Bernardo Núñez, con “sus paredones de fábricas abandonadas... y las tapias de sus corrales ornamentados de plátanos”. Con su riachuelo corriendo rumoroso desde El Copey, con sus días de azul y luz y sus tardes de cobre en las faldas de La Peña y Mueresol. Oro de abrojos vestían El Camino Hondo y El Rincón del Perro; las trinitarias encendían los paloapiques y las astromelias elevaban al cielo su plegaria de violetas panículas. Las mariposas itineraban en los portales cuajados de isoras y jazmines de Goya Fierro y de la Maestra Rosa Ana; los tutueles empollaban en el Palo Sano y los turpiales cantaban en El Toco.

Desde La Noria y El Mamey un viento de salitre desparramaba bellotas blancas de ceibas seculares que caían como copos de nieve sobre La Ciudad. El Bachiller Marcano, el Bachiller Figueroa, el Maestro Rafael Isidro Salazar, el viejo Loreto, eran la muralla moral del pueblo, la fortaleza guarnecida del ejemplo y el consejo para contener las desviaciones. Mi tío Hermenegildo,

Víctor Silva, José Tenías, Pedro Antonio Albornoz, eran la estampa bíblica del trabajo que ennoblece y dignifica. Manuel Monserrat solidario y diligente con el dolor de los humildes. El viejo Lolo Narváez era como un puente tendido entre los mortales y la divinidad. Y Luisa Moriega, alfarera de la aurora, orfebre de virtudes en su fragua de ternuras, tejedora del alba en las redes de la esperanza, maestra y madre, madre y maestra de la letra sin sangre, con su alfabeto de luz y su catecismo de amor, alumbraba conciencias, moderaba voluntades y moldeaba corazones. Juan Rosas Marcano, el de la gozosa bonhomía, el de la despedida prematura, emulaba a Francisco Esteban Gómez en su tablero de nubes moviendo sus soldaditos de plomo y Jesús, su hermano, apenas balbuceaba metáforas precoces cuando ya Vicente Fuentes pescaba visiones en las riberas del sueño y corría las playas del alba con su botín de misterios. Y Luis Castro, con la pupila tranquila ante el peligro que es la vida siempre, había cantado a las estrellas, amado la mar profunda y convocado los vientos con sus lutos de vacíos y a los campos con sus rosarios de espiga para su presentida mortaja de brumas con serafines de estrellas.

No es que nos arrincone la nostalgia ni queramos con el pesimismo medioeval de Jorge Manrique, aferrarnos a que todo tiempo pasado fue mejor. Pero es necesario, General Prieto, que, sin detenernos en el tiempo, el espíritu de esta Ciudad no muera. De sus ínclitas reservas morales ha sacado fuerzas para hacer frente al cerco del mercantilismo exacerbado, del afán de la riqueza fácil, de la quiebra de la ética colectiva, de la inversión de valores, del espíritu de aventura, de la asfixia de la capacidad creadora, de la audacia desenfrenada, del estrangulamiento de la imaginación, de la almoneda de dignidades, del imperio del vicio, que ya carcomen a otros pueblos de la Isla y amenazan sus umbrales.

“Basura, basura, hasta cuándo la basura.

Nos ha caído del cielo, nos ha empapado hasta el alma”.

Gritaría Gustavo Pereira, y nosotros le contestaríamos con sus propios versos:

*“Hasta que en el pueblo el amor encuentre su estrella
jubilosa”.*

Es necesario que se mantenga intacta el alma de un pueblo que ha sabido ser grande siendo puro, que ha sabido ser heroico siendo noble, que ha sabido enaltecer la historia sin abandonar la práctica permanente del amor y la solidaridad.

Efraín Subero decía que si esta Ciudad llega a morir, su alma moriría con ella y yo no sabría si es preferible que nuestra alma muera primero. Me preguntaría con Ángel Félix Gómez, si no es nuestra muerte la muerte de La Ciudad o si La Ciudad continúa con su paso de bestia hiriendo con su acero el costado de los bosques.

Es hora de cruzadas, porque yo presiento que cerca de La Ciudad está amenazando la muerte. El sentido de un progreso sin sentido puede cavar fosas infinitas. Ya la Parapara de Juana Navarro entregó su alma al cemento y la cabilla. El Cotoperiz del Boulevard no florece ahogado en un mundo de parásitas. Ya el Nomeolvides del Mercado parece encomendar su espíritu a las estrellas. Ya no tenemos al Maestro Santiago Salazar ni a Luis Navarro Rivas con sus prédicas de dignidad inmunizando contra la corrupción. Ya Augusto Fermín no puede tender sus contrafuegos de sinfonía. Ya no está Rafael Salinas Hernández para encender la rebeldía cívica. Se nos fue el Padre Montaner, el que nos mostraba a Dios enseñándonos a conocer al hombre, el que nos dijo que el cielo se gana poniendo los pies en el suelo, el que predicó en la Eucaristía que el pan es fruto de la tierra y del trabajo del hombre. Ya no tenemos a Ramón Espinoza Reyes para renovar su inacabada lección de civismo. Ya no está Don Rosaura Silva con el remedio presto para las heridas del cuerpo y el alma. Ya no están Casta Josefina, ni Consuelo, ni Carmencita Montaner, ni Isabelita, ni Cecilia, ni Josefa para multiplicar los panes y mostrarnos su pañuelo donde ninguna lágrima fue ajena. Ya no está Aníbal Lárez para el dramático ejercicio de mantener las mejores tradiciones.

Ya no están Ramón González ni Cruz Villarroel para el señalamiento viviente de la virtud. Hace tiempo que se fue Cruz Millán García con sus desvelos de samaritano y que Cayetano García Salazar nos dejó la nostalgia de su dichosa filantropía. Ya no están Horacio Navarro ni Modesto Aguirre ni Ramón Narváez para enseñarle a los muchachos que no hay barreras generacionales. El Maestro Pibernat, siempre tan nuestro, se marchó cuando aún cuajaban en la espiga granos de su siembra afortunada. Inocente Alfaro, Ramón Maneyro y Mateo Millán se nos fueron con la madrugada. Pero incluso cuando se vayan Basilio Narváez y Manuel Cayetano Narváez, Jesús Quijada Torcat, Tiburcio Sanabria y mi padre, no quedaremos en la orfandad de los valores éticos.

Aquí nos quedan Luis Beltrán Prieto Figueroa, Antonio González Ávila, Carmencita Salazar Yáñez, José Ramón Silva, Eduardo Espinoza Marcano, Pedro Salazar Gamboa para la herencia del cayado de los pastores del espíritu. Nos quedan Eduardo Rivas, Erasmo Villarroel Marcano, Jesús González López, Laureano García, Julio Villarroel, José Marcano Rosas, Don Tomás Yáñez, para hacer de la calle toda, el ágora de su pedagogía de dignidad. Manuel Antonio Narváez, David Espinoza, Ciro Millán, Alberto García, Rafael Figueroa, Luis Alfaro, Luis Salinas, Tomás y Jesús Salazar Figueroa, Agustín y Rafael Albornoz Martínez, José Nicolás Marcano, hace tiempo que pintan canas y su obra de servicio colectivo madura diariamente al calor de la solidaria entrega sin recompensa.

Pero es hora de multiplicaciones. Usted pertenece, General Prieto, a una promoción de hijos de esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, a quienes corresponde asumir desde ahora la inevitable misión del relevo. A usted, a Monseñor Santiago Acosta, al General Medina Torcat, a Jesús Sanabria Suniaga, a Ramón José Millán, a Francisco Jiménez, a Carmelo Rosas, a Franz mi hermano, apunta el paciente anhelo de este pueblo, que es noble y bueno y que ha hecho de la esperanza el patrimonio inextinguible de su existencia. A la autoridad moral de su espada, a su talento, a su capacidad de

trabajo, a su alma de artista y de jurista, a su prístina formación humanística, corresponde importante labor en esta empeñosa tarea.

Reciba con Luisa Teresa, la abnegada mujer que con usted construye un hogar digno y respetable, y con sus hijos, este homenaje sencillo, pero sincero y sentido, por mil razones merecido, que el pueblo de La Asunción, su Pueblo de siempre, le rinde esta noche. Noche de satisfacciones y de compromiso, noche para expresar nuestra promesa con irreversible sentido de obligante propósito. A usted General Prieto, hago depositario del mensaje que Don Juan Miguel de Lárez y el Doctor Henrique Albornoz Lárez, nuestros ilustres antepasados, me encomendaron entregarle personalmente. Yo sé que queda en buenas manos.

He hablado del compromiso y casi me he olvidado de hablar de ti querido y fraterno Enrique. Mejor así, te debo el retrato. Mejor así, porque más adelante tendré tiempo para inventarte.

Ahí queda el compromiso que es de todos. La responsabilidad con esta Ciudad que es nuestra. No tendremos justificaciones ni coartadas en el fracaso. Bien podemos decir con este gran poeta nuestro que es Ángel Félix Gómez:

*“Ahora que cumplimos el ritual,
nuestra ilimitación es sólo nuestra.
Son nuestros los signos cumplidos
y LA CIUDAD SIGUE”.*

INDEPENDENCIA Y PODER DEL PUEBLO

Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en la Plaza Arismendi de La Asunción, el 4 de mayo de 1998.

INDEPENDENCIA Y PODER DEL PUEBLO

Recibo como un honor, uno de los más altos que me haya otorgado esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, que tan generosa ha sido conmigo y con mi modesta obra intelectual, la escogencia de mi nombre para ocupar esta tribuna en la fecha gloriosa del día de la Independencia de la Patria Chica, que ha hecho la Sociedad Progreso, la más importante, prestigiosa y digna de las organizaciones civiles de La Asunción. La de más dilatada y fructífera actividad cultural, social y cívica del ámbito insular. El 4 de mayo de 1918, del mayo vigoroso y creador de la primavera margariteña, cuando florecen los árboles y las ideas, nos amaneció la institución pionera de la sociabilidad y la fraternidad asuntinas, de la ductora de Don Rosauro Silva, su presidente fundador, figura ilustre del procerato civil ciudadano del siglo XX.

Día 4 de mayo y año 1918 son dos menciones cronológicas que en las memorias del siglo que culmina tienen una coincidente y hermosa connotación, signada por la simbología de la paz, sublime aspiración del hombre, expresión suprema de la civilidad y la convivencia. Ansiada condición de pública tranquilidad, quietud y sosiego para la obra creadora y actitud de rechazo y condena a la guerra, la más terrífica, cruel y cobarde invención del hombre. 1918 es el año de la paz. Nunca antes el mundo se había visto tan profundamente implicado en una confrontación bélica y nunca antes la existencia humana estuvo tan seriamente amenazada por su propia obra destructora. La victoria de los aliados se traduce en la conquista de la paz, y la civilidad va a concretarse en función de un nuevo orden sobre las bases de ella. La Sociedad de las Naciones, que luego será las Naciones Unidas, nace del espíritu de 1918 con el soporte de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, de un hombre espantado y todavía conmovido por la implacable e incalculable acción devastadora. Que la paz no haya sido duradera. Que veinte años más tarde otra conflagración mayor haya asolado

el universo y que todavía la paz siga siendo un desiderátum, es la traición al espíritu y a la conciencia de Versalles.

Una segunda contienda de dimensiones mundiales, aquella pesadilla que parecía inextinguible y dejó para siempre estigmatizadas nuestras mentes entonces infantiles. De pronto parece llegar la esperanza un 4 de mayo, el de 1945, cuando el glorioso Ejército Rojo entra victorioso a Berlín para anunciar al orbe la derrota y liquidación del fascismo. De manera que evocar el 4 de mayo de 1918 es por asociación optimista de sueños e ilusiones en dos momentos distantes. Una expresión de paz y sobre su símbolo creador, no en vano, invoco en positivo su nombre para proclamar el destino de esta institución de fraternidad ciudadana que es la Sociedad Progreso en sus setenta espléndidos años de vida.

El 4 de mayo que queremos conmemorar hoy, y el que quiso perpetuar como un compromiso patriótico la generación fundadora de esta institución, escogiendo esa fecha para génesis de su existencia, es el 4 de mayo de 1810, cuando Margarita se incorpora al proceso de la Independencia iniciado en Caracas, apenas quince días antes. Es el momento de alzarse en heroico vuelo de estrella para posarse para siempre en la cerúlea franja del pabellón de la Patria.

Conocemos bien esos acontecimientos. Durante ciento sesenta y ocho años los hemos celebrados, conmemorado y recordado en estas calles de esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad. De niños, en la sala de teatro de nuestra querida Alma Nutricia, la Escuela Francisco Esteban Gómez, bajo la sabia dirección de esa gloria de la pedagogía nacional, que fue el maestro Luis Pibernat, representábamos el hermoso drama en tres actos escrito por Aníbal Lárez, otro de los grandes maestros de esta tierra. Ramón Maneyro, pasajero de la vida, de breve y fructífero tránsito, en el papel de Juan Bautista Arismendi, con la peluca alquilada, las patillas pintadas al corcho quemado, desenvainando la espada de utilería, para el grito histórico asumiendo el compromiso de la libertad. Me recuerdo entonces a mí mismo. Mi larga y

delgada contextura contenida en el blanco reluciente de mi traje de blusa clásica, que todos los años, el arte, las manos prodigiosas, de Julia Marcano, maestra y madre de nuestra generación, diseñaba, cortaba y cosía, para la oportunidad memorable. Interpretaba yo a Joaquín de Guevara, el gobernador designado por la asamblea tumultuaria para sustituir al representante del poder español, el Capitán Joaquín Puelles, a quien personificaba mi primo Vicente Torcat Figueroa, Chico el de Julia.

Así, en síntesis, se recogían los acontecimientos de aquel día. Don Manuel Plácido Maneyro, el patricio burgués, acaudalado comerciante, que viajaba con frecuencia a Caracas, se encontraba allá el 19 de abril de 1810 y participa activamente en ese movimiento emancipador. Regresa a Margarita con una misión de la Junta Patriótica. Sumar la Isla a la causa de la independencia. Quince días más tarde ocurre el pronunciamiento. Juan Bautista Arismendi a la cabeza, y a su lado su suegro, Don Simón de Irala, Juan Miguel de Lárez, Francisco Maneyro, el padre Domingo Merchán, el teniente Ignacio Zárraga, el vasco Don Juan de Aguirre, Felipe Villalba, Andrés Narváez, Policarpo Mata, constituyen el fermento patriótico. Algunos monárquicos, confundidos en la idea de que la Junta Suprema fuese realmente conservadora de los derechos de Fernando Séptimo, se suman a la acción. Entre estos está Don Cristóbal Anés, quien preside la Junta Provincial y con él están en ella, Don Francisco Olivier y Don Francisco Aguado. Pero esos hechos, tal vez, hubieran sido sólo una sencilla montonera local si no hubiesen estado vinculados conceptualmente, ideológicamente, con los sucesos caraqueños. Si no fuesen un episodio secuencial del 19 de abril caraqueño. Si no pudiésemos reseñarlos históricamente como el momento en que Margarita, entre las primeras, “sigue el ejemplo que Caracas dio”.

Hay tres elementos que determinan esa vinculación. La idea de la independencia como objetivo fundamental. La presencia del pueblo en la toma de las decisiones. La idea del proceso constituyente expresado en el llamado a la elección del Congreso Constituyente, que se materializa con la elección

popular y uninominal de Don Manuel Plácido Maneyro como Diputado único de la Provincia de Margarita a aquel Congreso, que no podrá reunirse sino a finales del primer trimestre del año siguiente. Por ello, es en la esencia, la orientación y la estrategia del 19 de abril caraqueño, donde tenemos que centrar el análisis de nuestro 4 de mayo.

“Desde que el agitador Cortés de Madariaga salva el quicio de la sala capitular de Caracas, el día del tumulto nobiliario de abril del año diez, y toma puesto y participación en las deliberaciones del Ayuntamiento, en nombre de una representación que él se ha improvisado; desde ese momento bullen las impacencias, hasta hervir el fervor guerrero, con que las clases principales de la colonia vienen atisbando la oportunidad para declararse rectoras de los intereses y de la suerte de la propia patria”.

Con esta frase el historiador Eloy G. González señala el primer gran encuentro de clases para el pacto supremo, el compromiso sublime, la unidad en el objetivo de la Independencia. Es el trámite heroico que conjuga intereses que siempre serán diferentes, cuyo enfrentamiento clasista es inevitable; pero no miden distancias cuando la convocatoria es la empresa común de la libertad de la Patria oprimida. Primero fue el sueño y la aventura. La angustia y la corazonada. El Gesto, la inmolación, el sacrificio. Pero sólo cuando insertarse pudo el calor del pueblo en la idea enarbolada, cuaja y madura en hechos concretos la acción que la hazaña rubricará en el vuelo de la gloria. El pensamiento y la acción, la rosa y la espada en el nuevo amanecer del Continente. Dura la forja, escabroso el camino; que sin pena carece de sabor del Continente. Dura la forja, escabroso el camino; que sin pena carece de sabor el triunfo y seco nace el fruto del esfuerzo.

Borges lo dice cuando canta el alumbramiento de la patria americana:

*“De hierro, no de oro, fue la aurora.
La forjaron un puerto y un desierto,*

*unos cuantos señores y un abierto
ámbito elemental de ayer y ahora.
Vino después la guerra con el godó.
Siempre el valor y siempre la victoria”*

Un pueblo para recibir el bagaje enciclopédico y la savia fresca del alma jacobina que surcan el Atlántico en los “Navíos de la Ilustración”. Y otro puerto para que anclen las goletas de Miranda con su hermosa carga revolucionaria: una imprenta y una bandera encima, para enseñarnos, como dice nuestro hermano Gonzalo García Bustillos, “que no puede haber banderas sin ideas”. Y un desierto que es por igual la pampa del sur o las llanuras venezolana, a la cual Gallegos presiente mejor para el esfuerzo porque ha probado ser buena para la hazaña. Estaban también unos cuantos señores. Por una parte se encontraban las clases que entienden que su destino es preparar el camino, y al lado de ellas, las otras “más activas y menos ilustradas, y se precipitan en la lid, impacientes de probar sus fuerzas y reclamar su parte en el despojo”, como dice Rafael María Baralt.

Pero hay también una conjunción de generaciones en la gesta de 1810. Esto de las barreras generacionales, que ahora se pretende levantar como un muro entre los hombres, para cerrarle el paso a todas las fuerzas renovadoras o, por el contrario, para asegurarse una trinchera pragmática, eludir la confrontación ideológica y hacer del simple recurso cronológico la columna de una porra aventurera, desprovista de contenido ideológico. Eso estuvo ausente en un movimiento que por espontáneo huía de estancos insustanciales y donde el fervor patriótico fundía, que no confundía, la aquilatada serenidad del doctor José Ángel Álamo y de Martín Tovar Ponte con el inquieto y lozano ímpetu del dinamismo adolescente de Simón Bolívar, de los Rivas y los Salias y con la ya madura experiencia trashumante de la chispa del anarquismo peregrino del padre Madariaga. Porque todos eran pueblo, y el pueblo es entonces, por primera vez en nuestra historia, el protagonista del proceso de toma de grandes decisiones sobre el destino de la

Patria. Andresote, Juan Francisco de León, José Leonardo Chirinos, Picornel, Gual y España, las embestidas navales de Miranda, son grandes sucesos, precursores indiscutidos de esa jornada gloriosa, que se inicia en Caracas y se extiende por las provincias, con febrícula y ardorosa presencia de pueblo, cuya conmemoración aniversaria regional, hoy de nuevo nos congrega.

Los acontecimientos de 1810, como hecho histórico fundamental de nuestra génesis republicana, por mucho tiempo estuvieron huérfanos de un análisis objetivo y científico, abandonado a la interpretación empírica del mesianismo y la circunstancialidad, propios de nuestra vieja historiografía mercenaria o comprometida. Hoy lo entendemos, yo, por mi parte, lo entiendo con rasgos preciosos y no dudo en proclamar que se operó allí un auténtico y verdadero golpe de estado; una quiebra inmediata y violenta del proceso institucional y la sustitución del gobierno por una nueva estructura humana y conceptual, orientada hacia la construcción de un orden nuevo. Hoy no abrigamos las antiguas dudas sobre el objetivo real y cierto de la conjura, que no fue otro que el de la conquista final de la independencia. Entre ambos conceptos hay un elemento común que lustra y purifica y es el de la orientación democrática e institucional de la insurgencia. Golpe de estado ha pasado a ser una mala palabra en el almacén semántico de los viejos y nuevos beneficiarios del statu quo y de quienes pasaron a ser conservadores porque comprenden que ahora sí tienen mucho que conservar. Interesadamente olvidan que no existe sistema democrático alguno que no legalice el golpe triunfante, porque siempre le encontrarán cabida dentro del principio universalmente aceptado, según el cual, “la Constitución no perderá vigencia si dejare de observarse por acto de fuerza o fuere derogada por cualquier otro medio distinto del que ella misma dispone.

En tal eventualidad, todo ciudadano, investido o no de autoridad, tendrá el deber de colaborar en el restablecimiento de su efectiva vigencia”, como expresa el artículo 250 de nuestra Carta Magna. Siempre se entenderá, frente al éxito de la insurgencia, que primero hubo un quebrantamiento del

orden legítimo y la subversión es el tributo para su restablecimiento. Por la otra vía de razonamiento, desafortunadamente, Independencia se ha convertido también en palabra descompuesta, a cuya sola mención huyen despavoridos los idólatras del llamado nuevo orden internacional y quienes vivieron del pregón permanente de la muerte de los nacionalismos y las patrias en aras de desarraigados principios de internacionalismo de diferentes tintes sociales.

El golpe de estado de 1810 se orienta hacia la convocatoria de un proceso electoral para la escogencia democrática de un Congreso, autónomo y soberano, auténtica expresión del Poder Constituyente, sobre el cual, como epitome de los intereses y los sentimientos de la Nación, recaerá la responsabilidad de decidir legítimamente la independencia y dotar la naciente República de una Constitución. En aquella época, ápice ya del régimen colonial, no podía instrumentarse un proceso eleccionario de corte universal como hoy lo concebimos. El propio Libertador desde Cartagena, rumiando las causas de la pérdida de la Primera República, lo crítica; porque, –así lo dice el Padre–, “Las elecciones populares hechas por rústicos del campo y los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros”. Pero la Junta Suprema de Gobierno nacida de cabildazo del 19 de abril, emplea un año en asegurar la transparencia del proceso y en la conformación del Congreso que todavía el 2 de marzo de 1811 no logra reunirse sino con treinta de los cuarenta y cuatro diputados que debían elegir las provincias. Las siete que luego integrarán el arco fulgurante y glorioso de estrellas que ilumina el marino espacio de nuestro pabellón. Nuestra provincia de Margarita, como nuestras provincias orientales de Cumaná y Barcelona, es una de las siete estrellas que las estrofas del himno de la Nueva Esparta exalta la pluma prodigiosa de Miguel Ángel Mata Silva.

Al 4 de mayo podremos recordarlo, festejarlo y conmemorarlo de muchas maneras. Recuerdo que el 4 de mayo de 1946, el primero que se

celebraba después de la revolución de octubre, el entonces primer Gobernador de la Revolución, Don José Lino Quijada, fundador en Margarita, junto con mi abuelo y algunos otros, de las primeras organizaciones políticas de la izquierda democrática, pronunciaba su discurso de ofrenda ante la estatua del Libertador de la Isla, el General en Jefe Juan Bautista Arismendi y decía que hubo en nuestra historia insular otro 4 de mayo, ahora olvidado, que era el de 1816 cuando el Libertador Simón Bolívar arribó al puerto de Juangriego para dos días más tarde, en la histórica Asamblea de la Villa de Santa Ana del Norte, declarar constituida la Tercera República, y asumir la suprema conducción de las Fuerzas de la Independencia y de los destinos de la Patria. No era eso totalmente cierto, porque Bolívar desembarcó el 3 y no el 4 de mayo. Pero el bachiller Rafael Cayetano Marcano, el recordado Bachiller Marcano, una de las figuras intelectuales de esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, siempre presto a las salidas de humor, le replicó: “Hay otro 4 de mayo todavía más olvidado. El Bar 4 de Mayo de Félix Silva Torcat, que estaba en el Boulevard y quebró, porque todo el mundo le cogía fiado y se olvidaban de pagarle”.

El mayo de 1816 es muy importante para la historia de Margarita y de Venezuela. Bolívar llega con un nuevo mensaje. El del compromiso contraído con Pétion en Haití para la libertad de los esclavos, que incorporaría, se piensa, los negros a la integración multisocial de la causa de la Independencia. En nuestro mayo de 1816 nace la Tercera República. Esa también se perdería. La Cuarta está a punto de morir.

Estas conmemoraciones como la de hoy, que deben haberse repetido ciento sesenta y ocho veces desde 1830, es tiempo de que adopten un contenido conceptual y positivo. Nada nos aporta reunirnos anualmente, si no pasan de ser simples torneos retóricos, de discursos altisonantes, pletóricos de frases, algunas veces laudatorias de engraidos mandatarios y benefactores poderosos. Nada nos aporta repetir, incluso sin comillas, como ahora acostumbran hasta connotados escritores y laureados novelistas, a Juan

Vicente González sobre la heroicidad de José Félix Rivas o a Baralt, Gil Fortoul, Mario Briceño Irigorry, Mariano Picón Salas, Vicente Lecuna, Jesús Manuel Subero, Rosauro Rosa Acosta, sobre el valor de Francisco Salias, sobre el estilo puro de Francisco Isnardi, sobre el talento de Miguel José Sanz o de Juan Germán Roscio o sobre el arrojo del canónico José Cortés de Madariaga, o sobre la hazaña intelectual de Manuel Plácido Maneyro y el gesto de heroica impaciencia de Juan Bautista Arismendi, si ello no entraña el compromiso de afrontar con similar coraje y decisión la dura realidad del país, que en mucho no supera, dramáticamente, aquel panorama finicolonial.

Borges, siempre Borges, nos lo dice en el verso iluminado:

*“...Aquella historia
desenfrenada. El todo por el todo.
Cifras rojas de los aniversarios,
pompas del mármol, arduos monumentos,
centenarios y sesquicentenarios,
son la ceniza apenas, la soflama
de los vestigios de una antigua llama”.*

Ello nos obliga a volver sobre lo que realmente nos enseñan el 19 de abril y el 4 de mayo de 1810: La vía hacia la independencia y hacia la Constitución. La independencia, el sueño de los Libertadores, la emancipación, la soberanía, parece que hoy dejara de ser el valor fundamental de la nacionalidad. Como si hubiera bastado romper las cadenas que nos sujetaron al yugo español y no importa entregarnos a otras formas de dependencia y neocolonialismo. El esquema de sujeción en el nuevo orden internacional ya no es el sistema colonial que desde el final de la segunda guerra mundial comenzó a desmoronarse y a ser suplantado por nuevas fórmulas políticas y económicas de sojuzgamiento en Asia, África y América Latina. Los mecanismos de control de nuestras economías; la apropiación descarada o encubierta de nuestras riquezas por el capital extranjero, con la complicidad del incipiente capital nacional; el deterioro progresivo y

proyectado de los términos de intercambio en el mercado internacional con el manejo caprichoso de los precios miserables de las materias primas y la especulación con los precios de los servicios y de los bienes de consumo que nos obligamos a importar de los grandes centros industriales, muchas veces elaborados con nuestras propias materias primas; y luego la complaciente y estimulada política de endeudamiento; el financiamiento de planes de defensa que nos convierte en fácil y cautivo mercado de la chatarra bélica, fue creando un pasivo internacional de incalculables proporciones, que se conoce en el proceso político y económico del último cuarto del siglo XX, como el problema de la deuda externa del tercer mundo.

En un comienzo, la masiva expansión de los empréstitos fue facilitada por el exagerado flujo de ingresos petroleros, estimulados por las alzas de los precios del producto como consecuencia de acontecimientos políticos y bélicos internacionales que encontraban desprovistas las reservas de los grandes consumidores. El reciclaje por el aparato bancario occidental de esos ingresos petroleros facilitó la extensión de la política del empréstito. Pero la debacle económica de México y otros deudores importantes, el control de las reservas estratégicas de los grandes países y el desarrollo de planes de nuevas fuentes de energía, despertó bruscamente la desconfianza de los acreedores internacionales. Se rechazan los programas para seguir alimentando el flujo de capitales hacia los países endeudados y se ensayan los proyectos para la recuperación de la deuda, incluso de los llamados seguros proveedores estratégicos.

Ya no es posible o por lo menos es difícil y poco elegante cobrar las deudas por los medios compulsivos que en 1902 denunciaba la célebre proclama de Cipriano Castro. Ahora es la intervención en grande de los organismos financieros internacionales, conducidos por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que juegan el doble papel de acreedores y, por sus estatutos ratificados por los organismos políticos multilaterales, garantes del sistema internacional de intercambios. Son esos organismos los

que van, con el concurso unánime de los proveedores del fondo de Occidente y de Japón, a imponer el ajuste estructural de las economías de los países deudores, que constituye la moderna forma de enajenación de las soberanías nacionales y la pérdida de la noción de la independencia. Todos los reajustes están fundados sobre la aceptación incondicional de las leyes del mercado y de la libre contratación como únicos reguladores de las economías nacionales. La enajenación de la soberanía es total. Los ministros de economía de los países endeudados, en su gran mayoría reclutados en los ejércitos de contritos y conversos de viejos ejércitos de contestatarios de los años sesenta y setenta, están envalentonados y exhiben su soberbia haciendo público su poder, incluso por encima de los propios Jefes de Estado; porque saben que su permanencia en los gabinetes no depende de las decisiones políticas internas y de la voluntad de los órganos de control político nacionales; sino de la complacencia que su servilismo produzca a los centros financieros internacionales. Ya nunca más volverán a negarle una visa.

El problema de la pérdida de la Independencia es no sólo el visible encoger de nuestro territorio, la depresión continua de nuestras fronteras y las invasiones de nuestro territorio para la substracción de recursos mineros y el exterminio de la ecología. Es el establecimiento de nuevos mecanismos de dependencia que conforman un nuevo sistema de colonialismo. En los contratos de refinanciamiento de la deuda y en los otorgamientos de nuevas disfrazadas concesiones para la explotación de las riquezas minerales, se hacen graves facilidades que comprometen la soberanía nacional. Recientemente el Ejecutivo Nacional ha suscrito contratos de interés nacional con empresas extranjeras donde se renuncia a la jurisdicción venezolana, con el infamante reconocimiento ante el mundo de la ineficacia de nuestra judicatura al otorgar a las contratistas el derecho de recurrir a otras jurisdicciones si los tribunales del país no decidieren el caso en un término perentorio. Esta es una forma de violación grotesca de la Constitución, que en su propio Preámbulo establece como supremo fin “mantener la

Independencia y la integridad territorial de la Nación, fortalecer su unidad, asegurar la libertad, la paz, y la estabilidad de las instituciones”.

La Constitución, lo dije antes, se inscribe en los objetivos fundamentales del movimiento de 1810. Y la Constitución de 1811, fue severamente criticada por el Libertador en el Manifiesto de Cartagena. Le reprocha, fundamentalmente, su filantropía y su carencia de severidad para una etapa de guerra y subversión. “El sistema federal, bien sea el más perfecto y el más capaz de proporcionar la capacidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados”, dice el Padre de la Patria. Con sus reservas y objeciones a la temporaneidad de la Constitución. No a la verdad de sus principios ni a la obligación de obedecerla. Esa Constitución, fruto de los acontecimientos de 1810 y del proceso democrático de la formación del Congreso Constituyente, marca el inicio de nuestro proceso constitucional. En ese proceso, la actual, de 1961, ha sido la de más larga vida y posiblemente la de menos efectiva vigencia. Se dice que técnicamente la dictadura termina siendo más legalista que la democracia; porque aquella hace las leyes a su medida y cuando necesita actuar en otro sentido las modifica previamente a sus conveniencias, de suerte que el problema se resuelve en un diabólico juego de inseguridad jurídica a cambio de aparente legalidad. La Democracia lo resolvía por un camino menos traumático; pero igualmente tétrico: Simplemente institucionaliza la violación sistemática y la inaplicación institucional de la Constitución y las leyes.

Pero últimamente, al menos nuestra democracia, está recurriendo sutil y frescamente a la misma práctica elástica de la dictadura. Por esa vía acomodaticia a los intereses de los grandes partidos de status nos reforman periódicamente la Ley Orgánica del Sufragio, abriendo siempre las puertas al fraude. Por esa vía complaciente nos reformaron la Ley Orgánica del Trabajo, arrebatándole a los trabajadores sus más grandes conquistas históricas y constitucionales: Las prestaciones sociales como derecho

adquirido y la incipiente fórmula de estabilidad indirecta en el trabajo. Vivimos hoy bajo el signo trágico de un proceso de desconstitucionalización, por invigencia, por inaplicación y por violación reiterada y sistemática.

La Constitución, la estructura del Poder Público que ella contempla, no es ya un instrumento idóneo desde el punto de vista de la ordenación democrática del Estado, porque sigue afianzada en los moldes de la democracia indirecta, que agota su vivencia democrática en el sufragio periódico y en una presunta democratización de los parlamentos. Las nuevas formas de vida exigen un régimen Constitucional de participación activa del pueblo en las grandes decisiones nacionales, y, por ello, es necesario un instrumento constitucional que afirme un mecanismo de democracia directa, mediante la institucionalización de la consulta frecuente, a través del plebiscito, del referéndum, obligatorio o facultativo, decisorio o consultivo, según los casos, en el establecimiento del voto revocatorio, para permitir que el pueblo tenga instancia inmediata de corrección frente al incumplimiento de los cuerpos y funcionarios elegidos, incluyendo la facultad de suspensión del mandato y la disolución legítima anticipada de los cuerpos elegidos.

Nuestro Texto Máximo se inscribe dentro de las llamadas constituciones rígidas, sólo modificables mediante los procedimientos mixtos y parciales de la enmienda o la reforma, dictadas con participación compartida del mismo cuerpo legislativo, que ha lucido como el más reincidente en su violación y desconocimiento.

Por eso la Constitución no se cumple, se viola y se ultraja a diario. El más sagrado de los derechos individuales que teóricamente garantiza nuestra Constitución es el derecho a la vida. El artículo 58 dice que la vida es inviolable y ninguna ley podrá establecer la pena de muerte ni autoridad alguna aplicarla. Pero diariamente, en todos los sitios del país, muere por causa de los excesos policiales, por lo menos un ciudadano y varios de los desaparecidos de los últimos años son víctimas de actos de venganza de las

autoridades o de misteriosas implicaciones políticas. Nadie sabe todavía cuántos fueron los muertos del 27 y 28 de febrero de 1989; pero publicaciones especializadas de Europa en sus informaciones dan una cifra que multiplica por diez el número oficial de víctimas suministrado por el gobierno venezolano. Ahora mismo acaban de asesinar a un Obispo, a quien el pueblo de Puerto Cabello tenía por sabio y santo. El hampa y la represión política, ya no respetan ni la dignidad de la Iglesia Católica.

La justicia está en quiebra, carcomida por el abandono presupuestario, por la falta de capacitación y por la penetración del flagelo de la corrupción. La propia Presidenta de la Corte Suprema de Justicia, que es una magistrada eminente y digna; lo ha reconocido públicamente y esbozado fórmulas de salvación que no parecieran tener efectos inmediatos. La justicia es, junto a la paz, el supremo ideal de la humanidad. Algunos han querido encontrarla enfrentada a la libertad y pretende subordinarla a ésta, que ahora, dentro de las concepciones neoliberales, es el desiderátum superior. Pero la libertad que conciben y defienden es la libertad de contratación y de comercio, la libertad del mercado, que termina confirmando la ley de la más fuerte, que es la ley de la selva. Enfrentados así, la libertad es el amparo del lucro y la riqueza, mientras la justicia es la garantía de la vida. Don José Ortega y Gasset, uno de los más grandes pensadores del siglo, nos enseñó que “la libertad sigue pareciéndonos una cosa excelente; pero no es más que un esquema, una fórmula, un instrumento para la Vida. Supeditar ésta a aquella, divinizar la idea política, es idolatría”.

La libertad, además, es derecho natural, un concepto que nace positivo y se va conformando a base no de su desarrollo sino de su ajuste. El hombre nace libre; y siempre será libre el hombre solitario. Era libre, absolutamente libre Robinson Crusoe. Pero, para vivir en sociedad, para la vida en común, la libertad de cada uno debe ajustarse al respeto de la libertad del otro. Por eso es el hombre mismo quien concibe y práctica sus restricciones y a veces sus restricciones son la verdadera libertad. La justicia, por el contrario, es

una creación humana. El hombre no nace justo. Fue necesario que surgiera primero la injusticia para que el hombre sintiera necesidad de la justicia. Sólo cuando fue atropellado el hombre sintió necesidad de clamar justicia y de luchar por ella. La justicia es creación y conquista del hombre, por eso es inacabada y por eso es imperfecta, pero hermosa, más hermosa todavía cuando usa el apellido y se llama Justicia Social. La que Julián Marías define como “aquella que corrige o rectifica una situación social que envuelve una injusticia previa que, si se mantuviera, invalidaría las conductas justas, los actos de justicia”. Y luego la explica como “aquella situación que da a cada uno lo suyo, entendiendo por lo suyo aquello a que tiene derecho, aquello que necesita para poder vivir al nivel que históricamente está establecido en la sociedad a que pertenece, y que, por lo tanto, es realmente posible”

No se puede hablar de la libertad en singular; sería más propia hablar de las libertades, porque hay grandes diferencias en los conceptos y en las ejecuciones. La libertad de trabajo es una idea todavía en desarrollo que sólo puede ejecutarse imponiendo a los poderosos restricciones a su poder omnímodo. Eso podrá parecer odioso a esos que Coto Paúl, el genial agitador de la Sociedad Patriótica, llamaba “Los dioses de la desconfianza y el pavor”, pero es justo. Y Abraham nos enseñó que cuando se enfrentan la libertad y la justicia, hay que luchar por la justicia; por eso la justicia del Viejo Testamento es la justicia del sacrificio. El Derecho del Trabajo, que es el derecho para proteger a los débiles, se constituye sobre la justicia en detrimento de algunas libertades. Un sabio cultor de esa disciplina nos enseña que la verdadera igualdad consiste en tratar desigualmente a los desiguales.

La justicia es un derecho constitucional cuyo acceso garantiza la Carta Magna en su artículo 68. La corrupción de la justicia es la más grave de las corrupciones, porque la justicia es el recurso postrero contra los excesos, desviaciones y deficiencias de los otros poderes. Hay jueces honorables, justos, dignos en Venezuela. En el Estado Nueva Esparta hay ejemplos notables; pero la pureza de la justicia no puede ser parcial, debe ser total; una sola

mancha desvirtúa el fin superior de la Justicia. Ella puede equivocarse –ya dije que era humana–; pero debe ser recta y limpia. Sócrates, víctima de las sentencias más injustas e infames de la historia, se negó siempre a aceptar las posibilidades de fuga, porque ello comprometía la majestad de la justicia y Jenofonte nos repite sus frases: “el prestigio de los jueces de Atenas vale más que la vida de Sócrates y que la de cualquier hombre”. Una justicia donde convivan los magistrados honorables con jueces venales y funcionarios corrompidos es sólo media justicia y la justicia a medias es lo más cercano a la injusticia y, con ello a la ausencia de la Constitución. Además, la corrupción de la justicia ha sido otro de los grandes negociados de la burguesía nacional y de los capitales transnacionales. Porque detrás de cada sentencia corrompida hay un juez corrupto que la dicta, pero hay también un abogado corrupto que la procura y un cliente putrefacto y rico que la paga, que es, en definitiva, el verdadero beneficiario de ese cáncer social.

La Constitución en su artículo 76 garantiza que todos tienen derecho a la salud y que las autoridades velarán por el mantenimiento de la salud pública y proveerán los medios de prevención y asistencia a quienes carezcan de ellos. Pero el país ha descendido a niveles incalculables de insalubridad y ya casi ni existen vestigios de asistencia médica. La crisis hospitalaria ha sido destacada por el ciudadano Fiscal de la República con el grado de tragedia nacional. La tasa de crecimiento vegetativo de la población ha decrecido y la desnutrición alcanza niveles que sólo imaginábamos en el centro de África. Para los hombres y las mujeres nacidos una generación después de la nuestra, el paludismo era una enfermedad desconocida de cuya existencia en Venezuela se tenía noticias por los textos de historia o por las novelas de Miguel Otero Silva; como nosotros las teníamos del cólera, cuyo nombre en el título de la novela de Gabriel García Márquez, *El Amor en los Tiempos de Cólera*, nos hizo desempolvar los viejos textos escolares de Higiene para recordar sus síntomas y tratamientos preseculares. Hoy el paludismo cobra como en sus mejores tiempos víctimas humanas en el campo y en las ciudades y la amenaza del cólera encoge el alma de los ancianos que vieron morir del

mal a sus antepasados. Hoy el cólera sin amor frecuentemente amenaza a nuestras fronteras y la sanidad nacional es incapaz de contenerla.

La inseguridad del ciudadano ha alcanzado puesto elevado en la escala de todas las encuestas sobre los grandes problemas del país, al grado de que espíritus desprevenidos llegan hasta el absurdo de añorar las etapas de las grandes represiones de los últimos totalitarismos.

El hampa desbordada, las fronteras desguarnecidas y la ineficacia y hasta la inercia de la lucha contra el narcotráfico, son las señales fantasmagóricas del nuevo Apocalipsis. El nuevo Ministerio de Estado para la lucha contra la droga es una entelequia, al extremo de que un destacado jurista y fino poeta de la más sólida formación científica y política que inauguró el Despacho, el doctor Régulo Villegas, tuvo que abandonarlo a pocos meses de su ejercicio por sentido de autoestima. Todavía no ha sido detenido ni uno solo de los verdaderos jefes de los carteles nacionales de la droga, pese a que todo el país sospecha de las formaciones súbitas de grandes fortunas. Como si todo fuera poco, el incremento del juego y la autorización formal de los casinos, mediante una ley que ya de por sí es complaciente en su texto y mucho más aun en su aplicación, es el aliado más próximo e inseparable del narcotráfico impune, lo que nos hace pensar que Venezuela no tardará en convertirse en el paraíso dorado de la droga y que las transnacionales del vicio ya no tendrán necesidad de evocaciones nostálgicas de la Cuba prerrevolucionaria, sobre todo ahora, cuando cunde el temor de la participación activa del narcotráfico en el financiamiento de las campañas electorales.

Todos tienen derecho a la educación reza el artículo 78 de la Carta Magna, desarrollado plenamente en la Ley Orgánica, que fue promulgada sólo por la lucha librada por el magisterio democrático en la calle y a las propias puertas del parlamento. Pero todavía hay más de un millón de niños en edad escolar al margen del sistema educativo; el analfabetismo se extiende

y la reglamentación del cupo universitario deja a miles de bachilleres sin acceso a la enseñanza superior o a la disposición de la explotación mercantil de las universidades privadas, algunas orientadas dentro de los proyectos colonialistas que operan desde determinados centros docentes del Norte, amparados en la nueva filosofía neoliberal de la educación como empresa que con tanto orgullo practicó el fascismo español bajo la conducción de Francisco Franco, guía y arquetipo de algunos de nuestros flamantes demócratas. Los nuevos teóricos de la religión neoliberal arremeten contra el sistema educativo, atribuyendo a su masificación el origen de todos nuestros males culturales. Con estupor hemos oído que nuevamente se pregona que es preferible la búsqueda de la excelencia al volumen y que mucho más positivo hubiera resultado para el país destinar el gasto educativo a formar bien la tercera parte de la población antes que abrir las puertas a la totalidad de las masas para ser educadas deficientemente. Es decir, consagrar que la educación es sólo privilegio de una casta e inaccesible a las masas populares. Como si la masificación fuese incompatible con la calidad de la enseñanza y si las carencias de ésta no fuesen en gran parte responsabilidad de los mercaderes de la Cultura y la enseñanza.

El capítulo de los derechos sociales es el más hermoso planteamiento de la Constitución democrática. El rango constitucional de los derechos sociales es una conquista de rancio abolengo latinoamericano, logro de la revolución mexicana. Fue la Constitución surgida de ese gran movimiento popular, la primera en materializar la idea, antes de la Constitución de Weimar, antes de la revolución soviética y antes del Tratado de Versalles. Pero la nueva legislación del trabajo que pomposamente estrenamos en 1991, poco avanza en materias de rancio corte constitucional como son las garantías de la estabilidad absoluta en el trabajo, la expansión de la contratación colectiva, la libertad sindical, el derecho de huelga y la participación de los trabajadores en la gestión de la empresa. En algunas de ellas habíamos retrocedido con respecto a la legislación anterior y a los convenios internacionales suscritos y ratificados por Venezuela. Pero ahora, esa

pequeña porción de desarrollo de las garantías sociales de la Constitución ha sido borrada por la reforma inconstitucional de la llamada componenda tripartita. La distribución factorial del ingreso, que en tiempo de la oprobiosa dictadura alcanzaba a un cincuenta y dos por ciento para el capital y cuarenta y ocho por ciento para el trabajo; ahora apenas llega a setenta y cinco por ciento para el factor capital y veinticinco por ciento para el factor trabajo y todavía el salario mínimo del país no llega a los doscientos dólares mensuales y alcanza apenas para algo más del costo de la mitad de la cesta alimentaria básica. En los últimos dos años el índice de la pobreza supera el ochenta y cinco por ciento, y la pobreza crítica supera el cincuenta por ciento y ha aparecido ahora un concepto de la pobreza extrema, la que no llega ni a los niveles mínimos de subsistencia, que se ha denominado la pobreza atroz y se calcula en algo más del quince por ciento de la población. El desempleo supera el quince por ciento y el subempleo y el desplazamiento al sector informal de la economía son signos de inseguridad y presagios de futuros inciertos.

Pero en Venezuela la seguridad social colapsa y se piensa en su reestructuración con la finalidad de convertirla en otra fuente de explotación privada, para el enriquecimiento del sector financiero.

Frente a este panorama sólo se responde con cifras de correcciones de desajustes macroeconómicos; de la cuenta corriente de la balanza de pago; de crecimiento económico; de aumento de las reservas internacionales, que ya han comenzado a mermar por los efectos de la baja de los precios del petróleo, de índices de control de la inflación que nadie cree; la presentación de megaproyectos, cuya última versión llamada Agenda Venezuela es el más estruendoso y descarado fraude político, social y económico de la historia nacional. Y la panacea dorada de la privatización, parece ser el negocio del siglo del capitalismo Venezolano y transnacional. El 28 de abril pasado desde Maracaibo, un ex ministro, factor fundamental de los primeros programas de reajuste y ahora asesor del Banco Mundial, declara que PDVSA debe ser urgentemente privatizada.

Pero la inflación una vez más amenaza con colocarse por encima del treinta y cinco por ciento durante este año 1998. El costo de la vida lleva una carrera indetenible, la miseria tiende sus tentáculos y los informes de los organismos de la salud nos dicen que tendremos en el futuro inmediato una generación de desnutridos y que hasta el índice de estatura del venezolano se reducirá relativamente. Ante esa perspectiva ¿cómo no pensar en el Niño Campesino de Miguel Otero Silva? Y tanto más cómo no recordar a Tomás Alfaro Calatrava, el más puro de los corazones que encontré en la generación que me precedía, que temprano nos dejó huérfanos de su portento de dignidad y pasión venezolanas, porque “la muerte se durmió en sus axilas de pájaro nocturno, y se apagaron los últimos cocuyos en su frente de cera”.

Como no recordarlo cuando dice:

*“Oh niños moribundos de imperceptibles rostros
flagelando sus carnes en fogatas ardidas.
Oh pétalos marchitos, explosión de nardos desgarrados,
trémulas embarcaciones, vacilantes comarcas ateridas”.*

Como no recordarlo ahora que en la calle otra vez su mundo de azules boinas nos invita su voz a escuchar, Como no recordarlo ahora que en nuestras gargantas hay un grito de solidaridad con nuestra Alma Mater, otra vez atropellada por el abandono presupuestario y la campaña de desprestigio mercantil contra la educación pública.

Es el momento, es la hora, de plantearnos el espíritu independentista y popular con que invoco las acciones patrióticas de 1810 y dentro de ese orden de ideas los invito a reflexionar y actuar. El país requiere con urgencia la estructura de un nuevo sistema democrático, que comience por reafirmar el principio del artículo 4 de la Constitución vigente, en el sentido de que la soberanía radica en el pueblo y se ejerce a través del voto, pero estableciendo que el sufragio no se agota en la simple elección directa de los mandatarios,

sino que debe mantener su presencia soberana mediante un mecanismo de democracia que se exprese en la consulta permanente, en el plebiscito, en el referéndum obligatorio o facultativo, consultivo o decisorio, según las circunstancias, y el voto revocatorio para conservar el control del cumplimiento de sus responsabilidades y compromisos por los funcionarios elegidos.

Eso requiere la construcción de un nuevo orden constitucional que los poderes constituidos no están en condiciones de afrontar, porque es su propia actuación la que se encuentra comprometida y cuestionada. Esa es una tarea patriótica, que sólo puede cumplir el pueblo a través del ejercicio del Poder Constituyente. Sólo éste está sobre la Constitución y sobre él sólo está el pueblo en ejercicio de la soberanía.

El 4 de mayo seguirá siendo nuestra fecha gloriosa. Los invito a volver sobre sus objetivos y sobre su espíritu, pensando en Nueva Esparta y pensando en Venezuela

SI YO FUERA DUEÑO DEL MUNDO

Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto, el 23 de octubre de 1998, en la inauguración de la Biblioteca Loreto Prieto Higuerey.

SI YO FUERA DUEÑO DEL MUNDO

El escritor Horacio Mann lo había dicho:

*“Si yo fuera dueño del mundo,
sembraría libros por toda
la tierra, como se siembra
trigo en los surcos”.*

Sembrador de labrantíos infinitos, afanoso labriego de sedientas besanas del espíritu, andariego cultural de rumbo cierto, Luis Beltrán Prieto Figueroa, glosó ese pensamiento: “El libro, las bibliotecas: he ahí necesidades cuya satisfacción imperiosa demanda nuestra época”. “El libro es el más poderoso vínculo de educación, y mucho más en pueblos como los nuestros. El salva distancias y regala sus tesoros a cientos y millares de personas en distintos lugares y en épocas diferentes, porque es el único maestro que posee el don de la ubicuidad”. Con su voluntad inquebrantable de gladiador y de maestro, Prieto levanta la voz para defender el programa de bibliotecas populares, que en memoria del sueño pedagógico de Manuel Bartolomé Cosío emprende la República española, ya en 1936, cuando irónicamente algunas vestales que luego vestirán la túnica dorada en el mito democrático, se distanciaban del movimiento popular porque se sentían más identificados con el grito de Millán Astray: “Muera la inteligencia”. “Cuando oigo hablar de cultura, saco la pistola”.

Las bibliotecas para Prieto no eran simples colecciones de libros, inermes, sin vida. Por el contrario decía, deben ser “organismos vivientes al servicio de la cultura, no museos donde todo permanece estático, sino hervideros de ideas”, y con su incesante ímpetu de carbonario de la civilización, repetía, “Cada pueblo de más de doscientas personas, necesita una biblioteca, pero entiéndase bien, lo repetimos, que nosotros llamamos

biblioteca a un organismo vivo, no un hacinamiento de libros que se apolillan en los estantes. El libro se hizo para ser leído y la biblioteca debe solicitar lectores para sus libros, porque de lo contrario carece de significación cultural. Si el lector no viene hacia la biblioteca, que la biblioteca vaya hacia él”. “Una biblioteca deberá estar abierta siempre, en días de labor, en días feriados, de manera especial los días feriados, desde temprano del día hasta muy entrada la noche, para que todos puedan disponer sus horas de lectura.

Las bibliotecas no deben disfrutar de vacaciones, porque esto equivaldría a declarar una tregua de la cultura”. Eso fue siempre la biblioteca personal de Luis Beltrán Prieto, por eso aquí no la podemos concebir encerrada en cuatro paredes, él mismo la quería rodeada de áreas de lecturas al aire libre, que sus libros caminen, que ejerzan cabalmente su don de ubicuidad. Ya lo cantó la primera voz lírica de la América mestiza que cobra dimensión universal, Rubén Darío

*“El libro ¡bendito sea!...
pues con afán inaudito,
vuela por el infinito
con las alas de la idea”*

Esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, celebra hoy el regreso de Luis Beltrán Prieto. Tras la abrumante carga de una ausencia obligada, un día regresó de cuerpo entero con una canción en los labios:

*“Llego a ti, solar de mis afectos
a beber en tu corta geografía
celestes claridad del mediodía.
Tierra de la heredad, arrullo y nido,
donde creció la angustia
y se engendró el destino
de la sangre que llevo entre las venas”.*

Hoy regresa en lo más puro de su alma, en sus libros, en su archivo, en su pensamiento, en su imperecedero magisterio. Ayer vino a traer su canto, que dejó entre las copas de los árboles, a la altura del nido porque lo sentía arrullo tierno, crecido con alas. Ahora vuelve para siempre, para no irse jamás, para dejarnos su perenne lección de dignidad y de conciencia ciudadana.

En este sitio amado, él creció y yo nací. Era la vieja casona de las puertas abiertas y del mantel tendido. El grito jovial de trigo herido en el amoroso amasijo de la abuela. La justicia en su esencia más pura de justicia social en el verbo vibrante del abuelo. Los corredores espaciosos y la frondosa cidra de rotunda fruta apetecida. El jardín multicolor, la palmera de penacho alegre, pan amarillo de las mariposas, el lirio níveo, ígneas isoras, enhiestas astromelias de desafiantes panículas, jardín de mi infancia, de nidos, de vuelos y de trinos. La añosa estructura de presuntuosas cales cuasicientenarias, reclinó su prestancia vecinal, para que de sus escombros naciera esta obra que se alza como un faro y hoy tremola orgullosa el pendón de bienvenida

Fue la decisión de la familia, fidelidad a una tradición ancestral donde el apego a los bienes materiales jamás se antepone a la acción de servicio colectivo. Y era una biblioteca, tenía que ser la biblioteca, porque la idea del libro, instrumento fundamental de la cultura, y por ende de la vida, es lo que más une, identifica, intelectualmente funde, el pensamiento de dos hombres: el padre de la idea y el epónimo de este edificio.

“Vivir, sin duda es más importante que leer, pero leer ayuda a vivir con plenitud, contribuye a hacer la vida más hermosa, más amplia, más generosa. Leer es también una forma de vivir, cuando de las lecturas extraemos las ideas que auxilian nuestra acción”, escribe mi tío Luis Beltrán Prieto. “La lectura es la vida. La palabra es el don máspreciado del hombre, pero sólo cuando pudo escribirla, aprendió a valorarla y nació la memoria. Sin la

memoria la vida no existe. No tiene sentido”, anotó mi abuelo Loreto Prieto, en los márgenes de la primera edición de “La Magia de los Libros”, que en forma clandestina le envía mi tío desde el exilio en 1955.

Asistimos hoy a la conclusión de tres lustros de inercia, de negligencia, de calculada desidia teñida de oscuros atavismos aldeanos. En 1982 concretamos el viejo proyecto familiar. Dedicar este solar bienquisto y venerado a la construcción de una biblioteca para el pueblo. La idea estaba perfectamente concebida. Mi tío Luis Beltrán, brioso timonel, con el respaldo de su esposa y de todos sus hijos, mi madre, mi tía Luisa Beltrán Prieto Figueroa, y mi prima Eduvigis Prieto de Sanabria, acompañadas de la solidaridad de los suyos, firmaron el documento del traspaso de propiedad del inmueble al Instituto de la Biblioteca Nacional para que se iniciase la construcción. El gesto conllevaba una sola condición: que la Biblioteca llevase el nombre de nuestro abuelo Loreto Prieto Higuerey.

Ya lo he dicho muchas veces. Ese nombre no es una manifestación de frivolidad, presunción o vanidad de la familia, a cuyo círculo pertenece Virginia Betancourt, la ejemplar e irremplazable Presidenta del Instituto de la Biblioteca Nacional, a quien mi abuelo dio siempre el tratamiento humano de una nieta querida y quien, en la vida y en la muerte, le ha correspondido con las manifestaciones más puras de amor filial. La elección es el reconocimiento a una de las grandes pasiones del abuelo, una vida dedicada a la cultura del pueblo, con énfasis en la creación y mantenimiento de bibliotecas y salones de lectura populares. Desde muy joven desarrollo esa actividad absorbente que le vimos ocupar casi un siglo de ejemplar existencia.

Lector insaciable, de plural lectura, leía en español, francés y Latín, clásicos y modernos de filosofía, historia, política y literatura. Conservaba sólo una muy pequeña biblioteca personal. Apenas formada por textos elementales de contenido didáctico para la formación básica de los nietos y alguna que otra obra de consulta jurídica, especialmente del procedimiento

civil, necesario para su ejercicio práctico del Derecho, la otra pasión de su vida. El duro quehacer cotidiano de interpretar la ley y aplicar la justicia para la defensa de los desposeídos, jamás para el servicio de poderosos. Los demás libros los leía y anotaba cuidadosamente. Tomaba las notas esenciales, con el objeto de ubicar fácilmente el motivo de alguna referencia y los enviaba a una de las bibliotecas populares de la Isla. Que seguramente él había fundado o había estimulado su creación y funcionamiento.

Fue padre creador de muchas bibliotecas, salones de lecturas y círculos de lectores a lo largo y ancho de la Isla. Su obra más importante en ese sentido, fue el Salón de Lectura de La Asunción. No existe un solo estudiante de mi generación, ni de la anterior, que no hubiese abrevado, para su formación bibliográfica, en aquellos viejos anaqueles que contenían el material pedagógico elemental de los pensa de estudio de primaria y bachillerato. Ya lo he contado y comentado con estas mismas palabras: Se llamaba sencillamente así, Salón de Lectura de La Asunción, era una sociedad civil, una actividad privada, pero de servicio público, a la cual mi abuelo dedicó su aliento vital. Redactó su documento constitutivo y formó parte siempre de su Junta Directiva, donde suplía omisiones y ausencias de los otros miembros. La biblioteca no tenía edificio propio. Funcionaba en algunas casas alquiladas. Primero la conocí funcionando en una sala de la casa de Andrés Salazar Brito, medianera de la nuestra en la calle Libertad, en lo que ahora es la prolongación del Boulevard 5 de Julio. Allí no pagaban alquiler, era una contribución de la familia Salazar Yáñez, conglomerado humano hermosamente consagrado a la educación, a la cultura, al ejercicio del civismo. Una tradición que cultiva con honor la poeta Magaly Salazar Sanabria, la más alta expresión lírica contemporánea de nuestra ciudad de poetas.

De allí se mudó al frente, a la casa de Carlitos Millán, padre del maestro Cruz Millán, abuelo de Ramón José, eminente cirujano, y de Luis Enrique Millán, hombre de la mar y de las leyes. Por último, frente a la pila del Boulevard, en la casa que Epifania Lárez, y más tarde Agustín Acosta,

heredado del padre José Joaquín Rivas, tío de mi padre y primo de mi madre, el incansable sayal que sin solución de continuidad saltaba del confesionario a la trinchera revolucionaria y colmó La Ciudad de bendiciones, de bondad, de sabiduría y de hijos.

El salón se mantenía con las escasas contribuciones particulares y con una subvención de cuarenta bolívares mensuales que le acordaba el gobierno regional luego de largos y penosos debates en la Asamblea Legislativa para su aprobación en la Ley de Presupuesto. La Junta Directiva era siempre la misma. Allí se rotaban los intelectuales más importantes de la Ciudad. Cayetano García Salazar, que casi siempre era el Presidente, Ramón Espinoza Reyes, Antonio González Ávila, el maestro Luis Pibernat, Andrés Salazar Yáñez, Santiago Salazar Fermín, y por supuesto mi abuelo. Por insistencia suya se incorporaron los profesionales de las nuevas generaciones, los abogados Esteban Millán, que fue su último Presidente, y Erasmo Villarroel Marcano, los médicos Jesús Ramón González López y Pedro Mata Estaba, los maestros Julio Villarroel, Eduardo Rivas Casado y José Ramón Salinas. El bibliotecario era el joven estudiante y ya dirigente estudiantil de las izquierdas, Amador Yáñez Rivas.

Era estupendo aquel acervo bibliográfico. Más de dos mil volúmenes de la más variada orientación, hacían de aquella sala la más documentada e importante del Oriente venezolano. Un día la dictadura, por temor a la concurrencia de jóvenes todas las noches y de los directivos del Salón, todos de tendencia democrática, y, por descontado, su desprecio a la cultura, le quitó la miserable subvención, ordenó el cierre del local y posteriormente la quema de los libros y los muebles. Ni Millán Astray lo hubiese hecho tan perfecto.

Debo repetirlo ahora. La más querida obra de mi abuelo en esa tarea fue la creación del Centro Cultural Luis Navarro Rivas en El Salado, esa hermosa población del Municipio Antolín del Campo, cuna de sus antepasados maternos, a la que dedicó su pasión de luchador popular de la

cultura. El Centro llevaba el nombre ilustre del insigne maestro asuntino, que había sido su concuñado y por la constancia de mi abuelo llegó a contar con una de las mejores bibliotecas de la Isla. Recuerdo su entusiasmo en las periódicas sesiones de proyección cultural con la participación de intelectuales, educadores y científicos de todo el país invitados por él. En esa empresa de la cultura lo acompañaban Pedro Lezama Alcántara, Pedro Felipe Caraballo, Juan Farías Moya, Pablo Higuerey, los hermanos Aguilera Salazar, Teodoro Royet, Luis Cristalino y más tarde, los jóvenes estudiantes, Miguel Bellowin, Cruz Aguilera, Adalberto Higuerey y desde Caracas Daniel Fermín, Manuel Pérez Marcano, Yoyita y Luis José Bellowin.

Su última acción creadora fue el Centro Cultural y la Biblioteca de Puerto Fermín, que dedicó a la memoria de Emiliano Hernández Arias, el primer mártir de la dictadura, muerto en el cumplimiento de una misión de la lucha clandestina contra la usurpación totalitaria. Y una de sus grandes preocupaciones era la fundación de la biblioteca de la Isla de Coche, para cuya obra mantenía permanente comunicación con una inquieta y activa mujer, su amiga de la juventud, Doña Jóvita Salazar y con los jóvenes Pedro Luis y Carmen Verónica Coello y con el incansable Manuelito Salazar.

Estas calles de La Ciudad, algunas entonces empedradas y otras aun polvorientas, todavía pobladas de fantasmas y leyendas, eran mudo testigo del afanoso trajinar del abuelo hacia la oficina de Correos donde a diario llegaban las encomiendas de los que él llamaba sus corresponsales de Tierra Firme, que eran sus proveedores permanentes de libros nuevos y usados. Recuerdo con cariño los periódicos envíos de Cecilia Nuñez Sucre y Francia Torres desde Caracas, de Renato Gutiérrez desde Maracaibo, de Ceferino Rojas desde Tucupita y su amigo de toda la vida, compañero entrañable, José Felipe Figueroa desde Río Caribe. Mi abuelo recibía aquellas preciadas donaciones bibliográficas y luego las distribuía adecuadamente entre los diferentes centros educativos y culturales.

La cultura popular, la educación del pueblo, la alfabetización de los adultos, la lectura, la defensa de la lengua en su expresión más pura, el habla popular, fueron sus grandes pasiones, la más grande razón de su tránsito humano.

Era la referencia moral del pueblo. Siempre al lado de los humildes. Repartía consejos y enseñanzas para el cultivo de la solidaridad, de la actividad cívica, de la entereza del espíritu. Había nacido a comienzos del último tercio del siglo pasado y desde muy joven, casi un niño, abrazó la causa del liberalismo amarillo, con Joaquín Crespo su líder indiscutido, al lado siempre de Bartolomé Ferrer en las contiendas regionales. Es increíble hoy, en una época de dobleces, de falsas posturas, de oportunismos, que un hombre pudiese mantener por la fidelidad y por la amistad, el más grande de los cultos. Formado luego en las más modernas concepciones de la teoría revolucionaria, imbuido en el conocimiento dialéctico de la realidad nacional; no abandonó jamás sus iniciales solidaridades humanas y políticas. Este hombre bajo cuya conducción y a cuyo aliento se constituyeron en Margarita las primeras organizaciones políticas populares después de la muerte de Juan Vicente Gómez y las primeras instituciones civiles para la reconstrucción de la sociedad democrática, la Asociación de Escritores, la Asociación de Maestros de Instrucción Primaria, la Federación de Estudiantes, a más de cincuenta años de la Mata Carmelera conservaba incólume su admiración y su lealtad a aquel líder montaraz y primitivo. Y mientras el Viejo Loreto estuvo vivo, en esta casa nunca se nombró a Crespo sino con respeto, como el Jefe o el Héroe del Deber Cumplido. La fidelidad fue la más grande de sus lecciones.

Era un libre pensador del siglo XIX. Estudioso de las grandes doctrinas de finales de aquella centuria, había leído con detenimiento a Augusto Comte, a Henri Bergson y a Charles Darwin y con su primo Henrique Albornoz Lárez y los más importantes pensadores entre sus contemporáneos, se adhirió al positivismo y al racionalismo. Muchas veces le oí decir, “Investigue siempre

el cómo y no el qué de las cosas y de los hechos”. “Toda investigación tiene que fundamentarse en la realidad, sólo la relación de los hechos interesa, la explicación de todo está en la realidad, en lo que existe, en lo que está dado. La intuición y el apriorismo son las más fáciles vías de distanciarse de la verdad”. “Observa como son las cosas y no te detengas en el para qué son”.

Sostenía una original idea que no he llegado a comprobar. Aseveraba que el positivismo florece en España y, por ende, penetra en América, con el pensador alemán Karl Friedrich Krause, traído en las alforjas de Antonio Zozaya y, especialmente, en las de Julián Sanz del Río. Por eso mi abuelo a veces no fue comprendido, porque para espíritus sencillos y dogmáticos parecía algo menos que una apostasía sostener que el espíritu es fundamentalmente racionalidad, que en él se expresa la unidad del pensamiento y de la acción.

Era un jurista nato y en el campo de la Filosofía del Derecho fue definitiva e irreversiblemente positivista. El Derecho es sólo ley positiva. Su validez es cierta en relación a un espacio y en un tiempo determinados.

Su prédica fue la rectitud, la integridad, la sinceridad, la franqueza. En una ocasión, con un grupo de compañeros preparaba mi examen para el quinto grado. Desde cerca el abuelo observaba y con frecuencia se acercaba para hacernos observaciones y explicaciones necesarias. Adolfo Anés, con ingenuidad se atrevió, a propósito del tema de discusión, a acuñar un viejo lugar común: “Nadie puede decir de esta agua no beberé”: El Viejo se levantó severo y dijo: “No vuelva a repetir más nunca esa frase, joven. Ese es el eterno lema de los sinvergüenzas, que viven con un vaso en la mano para beber en todos los tinajones. Lo primero que debe aprender un hombre honrado es el agua que nunca ha beber”. He sido, y seré siempre fiel a ese predicamento.

Ese era Loreto Prieto Higuerey, el epónimo de hoy. Estoy feliz de que su adusto y rígido magisterio vuelva a tomar vida desde este convocante

espacio de líneas modernas, y que su ejemplo vuelva a ponerse a la luz de las nuevas generaciones.

La conclusión de esta obra es el fruto de la tenacidad y la entereza de Virginia Betancourt, que tanto amor y tanta paciencia puso en ella, y de la sinceridad de Rafael Tovar, viejo maestro de escuela, amigo de mi abuelo y uno de los últimos receptores de su apostolado cívico y humano, que supo honrar sus promesas. A ellos la comprometida expresión del agradecimiento de quienes llevamos con orgullo la herencia espiritual de Loreto y Luis Beltrán Prieto.

EDUARDO RIVAS CASADO

ES LA PALABRA

Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto para presentar al doctor Eduardo Rivas Casado, Orador de Orden en el Acto de Homenaje al ingeniero José Laureano García, en el Parque Luisa Cáceres de Arismendi de La Asunción, el 27 de noviembre de 1998.

EDUARDO RIVAS CASADO ES LA PALABRA

Me corresponde hoy la tarea honrosa y grata de presentar a Eduardo Rivas Casado. No voy a incurrir en el lugar común de decir que por ampliamente conocido no necesita presentación. Por el contrario, creo que Eduardo Rivas Casado es entre nosotros suficientemente conocido, por sus grandes virtudes ciudadanas, por su talento, por su vocación de servicio público, por su obra de maestro y de intelectual de sentido solidario y colectivo, por su prístina y ejemplar vida pública y privada. Por ello, todos los que nos hemos acercado a su vida tenemos de él nuestra propia imagen y es la mía, la que yo me he formado de su figura ilustre, la que quiero ahora presentarles. Cuando se trata de personas tan distinguidas a quienes uno admira y respeta y, además, quiere tanto, he dicho otras veces, yo prefiero invitarlos, y lo hago sin temores, convencido de que recrearlos no es alejarse de una realidad, que por fascinante no admite distancias, sino trabajarla creativamente para elaborar nuestro propio mundo paradigmático, nuestro Olimpo particular, en la certeza de que siempre toda posible deformación cederá ante la preeminencia de la certidumbre. El Moisés es la creación genial de la imaginación sublime de Miguel Ángel, pero nadie podrá jamás pensar en las virtudes humanas y divinas del liberador del pueblo judío sin vincularlas a la perfección de aquellas líneas nacidas del cincel más prodigioso de la historia. Todos entendemos, sentimos, palpamos, el alma, el espíritu, de los modelos humanos que sugieren los retratos de dos narices de Picasso, por más discordantes que nos parezcan. Al fin la realidad impone su hegemonía trascendente.

Relata Gabriel García Márquez, que la adaptación y rodaje cinematográfico de su cuento-novela “La Increíble y Triste Historia de la Cándida Eréndira y su Abuela Desalmada”, le produjo inmensa conflicto al seleccionar los actores adecuados para los personajes del reparto. El novelista había elaborado su fábula partiendo de un hecho absolutamente real que él

había conocido. Eréndira, personaje de ficción, era en la realidad una adolescente a quien una celestina profesional había corrompido y llevado al mundo de la prostitución para explotarla comercialmente en su burdel itinerante. A esta última, la imaginación del novelista convirtió a la abuela desalmada de la temprana meretriz. Quería el autor que ese personaje, que él creó como una vieja de algunos setenta años, de inmensa gordura y ojos diáfanos, protagonista de la novela, lo encarnara la genial actriz francesa Simone Signoret, que tenía los perfiles físicos indicados, pero la diva se negó rotundamente, porque no quería que su brillante carrera concluyera con una actuación tan sórdida, representando una anciana perversa. El director de la obra, el brasileño Ruy Guerra, lo convenció de que el papel lo cumpliera la actriz griega Irene Papas, una de las grandes de la época, que a García Márquez conmovió por su fuerza histriónica y su corazón de griega desmandada, pero le parecía demasiado joven para el encargo. Más tarde, conmovido por la formidable actuación de la actriz, observó que si realmente Irene Papas no encajaba en las características de la abuela de la fantasía, cuadraba perfectamente con el personaje real que le había dado origen, que era una empresaria de la podredumbre, agresiva, joven y atractiva y todo ello le confirma que “una vez más, la realidad termina por imponerse a la fuerza sobre cualquier tentativa mixtificadora de la imaginación”.

Conozco a Eduardo Rivas Casado desde mi más remota infancia. Mis primeras manifestaciones de conciencia están llenas de imagen de aquel joven menudo, de impecable porte y gestos y actitudes civilizadas, cultas, gentiles, caballerosas. En mi casa, la casa de mi abuelo materno, donde nací y me crié, él había alcanzado dimensiones de simbólica imagen de capacidad intelectual y responsabilidad ciudadana. Él era entonces apenas un recién egresado de la escuela normal y ejercía en Caracas su ya fecundo magisterio. Sus venidas a la isla eran un acontecimiento esperado y celebrado por todos, especialmente en mi casa. “La semana que viene llega Eduardito” anunciaba con efusión mi abuelo Loreto, que disfrutaba su frecuente visita formal para el desayuno de larga tertulia. Recuerdo las conversaciones de mi abuelo con

aquel hombre de sorprendente precocidad, serio, reflexivo, elocuente, locuaz, convincente, de verbo elegante, fácil, sobrio y ameno, que traía de Caracas las últimas informaciones del acontecer político y cultural, las opiniones sobre las novedades bibliográficas y las instrucciones para la estrategia regional de las acciones cívicas de las fuerzas progresistas de la oposición. Me sorprendía que entre aquella seriedad se colocaba siempre la salida del más fino humor salpicado de la sonora, entusiasta y contagiosa risa, que sigue siendo una de las grandes armas de su carisma imperecedero.

Recuerdo aquella mañana del lunes 16 de septiembre de 1946, día siguiente a la octava de las festividades de la Virgen del Valle y terrible primera fecha del año escolar. Llegué con algunos minutos de retardo a mi clase de Castellano y Literatura del segundo año de bachillerato y quien ya estaba en la tarima de la cátedra era Eduardo Rivas Casado. Hasta ese entonces me había creído un aventajado estudiante de la materia, conocía con precisión las reglas elementales de la Gramática, la Prosodia, la Sintaxis y la Ortografía española. Me había aprendido de memoria las proporciones didácticas, rígidas y frías, de los manuales de primaria: F.T.D., G.M. Bruño, Añorga, Rasguchi, Miguel Ángel Granados. Había ojeado a Miguel Antonio Caro. Conjugaba los verbos de las tres terminaciones según los esquemas morfológicos de Andrés Bello y de la Real Academia Española. Sabía cómo el género, el número, el caso y la persona daban versatilidad a los fonemas y de allí que las palabras pudiesen ser partes variables o invariables de la oración. Pero sólo entonces, en la expresión convincente de aquel maestro, comencé a comprender que la lengua es más que un cúmulo adocenado de reglas y disposiciones dogmáticas. Es el medio de la comunicación de los hombres y la forma de expresión de los sentimientos, de las invenciones, de los sueños. Que la mejor forma de decirlos es la sencilla y espontánea manera de entender que las palabras son representaciones de objetos, de personas, de acontecimientos, de creaciones, y que la relación de esos objetos y esos sucesos, en la percepción del estado anímico del sujeto que se expresa, es lo que conforma la comunicación, instrumento superior de la convivencia.

Entendí entonces que la palabra, su manejo, su trabajo orgánico y funcional, su uso en la oración, es la más impresionante obra de la vida y que ella no puede ser rígida, dogmática, fundamentalista, sometida a establos inexpugnables. En la alegoría de la ilustración pedagógica que utilizaba el maestro entendí la grandeza del pasaje bíblico de la Torre de Babel y para mí se abrieron otras dimensiones del espíritu.

Eduardo explicaba que el mejor tratado de un curso de lenguaje era la lectura permanente. Que ella misma nos iría selectivamente orientando hacia las mejores formas de expresión. No exigía ningún manual en particular, pero recomendaba un libro, “Gramática de la Lengua Castellana” basado en textos vivos de la mejor literatura, que calzaban las firmas ilustres de Amado Alonso, entonces Director del Instituto de Filología de Buenos Aires y Don Pedro Henríquez Ureña, una de las grandes voces críticas del idioma, que había sido factor fundamental de la pervivencia del castellano en el Puerto Rico de los pitiyanquis. No era fácil conseguir aquel libro escrito en 1939, pero las conexiones bibliófilas de mi abuelo lo pusieron a mi alcance. Devoré con fruición aquellas páginas preparándome para el primer examen de trimestre.

El día anunciado, con los tradicionales lápices afilados y el pliego de papel de orilla rayado, asistimos a la prueba donde esperaba impresionar con mi aprendizaje de aquellos grandes maestros de la Lengua. El profesor sorprendió con una decisión pedagógica: “El examen será oral y público, en presencia de todo el curso”. El ejercicio consistía en una pregunta fundamental y las accesorias que pudieran derivarse de la primera. La misma para todos los alumnos: ¿Qué ha leído usted?, ¿Qué comentarios le sugiere esa lectura? Algunos ya habíamos leído a Julio Verne y a Salgari, los cuentos de Calleja y las traducciones del Tarzán de Edgard Rice Burroughs, a Edmundo de Amicis y a José Enrique Rodó. Pero también El Quijote, algo de Lope de Vega y Quevedo, un poco de la llamada Generación del 98, Pío Baroja, Unamuno, Benavente, Antonio Machado y los poetas del 28, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Federico García Lorca, León Felipe, Miguel Hernández

Gerardo Diego. En América Rubén Darío y Gabriela Mistral, Jorge Isaac, Sarmiento, José Martí, Jorge Icaza, Quiroga y en Venezuela Gallegos, Díaz Rodríguez, Pérez Bonalde, Lazo Martí y Andrés Eloy Blanco. Otros, apenas Billiken y El Peneca, las revistas juveniles del Cono Sur, y alguno que otro número de las Selecciones de Reader's Digest con su carga deformante de la identidad latinoamericana. Pero no importaba, para Eduardo todos éramos materia prima para la orientación precisa y el inicio en la buena lectura y la mejor literatura.

Por razones de sus responsabilidades públicas. Eduardo no terminó con nosotros el curso. El último día de clases me regaló un libro: "Narciso y Goldsmundo" de Hermann Hesse, que completó en mi la idea que me sembró El Quijote, de que el mundo está integrado por idealistas y pragmáticos, pero me agregó la afirmación de que no puede haber una separación tajante y maniquea, sino que es posible su integración para la forja de la convivencia.

Otro día lo encontré en la tribuna pública. En aquel torbellino primitivo del canibalismo político, en medio de un debate envilecido por la diatriba y el infundio, la voz y más que la voz, la palabra de Eduardo Rivas Casado era una cuerda solitaria y un hilo de luz vibrando en las tinieblas. Su verbo que no dejaba de ser encendido, era un mensaje pedagógico, sereno, orientador. La calle convertida en una gran aula para enseñar las bondades de la democracia, la paz y la libertad y la necesidad de la transformación radical de las estructuras políticas, sociales y económicas de una nación que a mitad del Siglo XX, no había conocido aún el ejercicio pleno de la soberanía popular y más del sesenta por ciento de su población permanecía analfabeto.

Mi intención era captar cada una de aquellas enseñanzas sabias. Pero por encima de todo, aprender esa forma de expresarlas. En la noche, en la soledad del baño o en mis horas de prematuro y persistente insomnio, ensayaba repetir sus frases, imitar sus gestos y expresiones y penetrar en la magia de su arte de la oratoria. Muchos años más tarde, el otro grande del

verbo margariteño, el Tribuno de América, el maestro Jóvito Villalba, me revelaba sus propios secretos. El estudio permanente de los grandes maestros de la retórica. Y me contaba sus largas lecturas de Demóstenes y especialmente de Cicerón, de quienes se aprendía, para repetirlos de memoria frente al espejo, largos discursos, imaginando y tratando de imitar los posibles gestos y expresiones corporales de aquellos gigantes.

Este Eduardo Rivas Casado, el maestro, el ciudadano ejemplar, el de la vida pública y privada intachable, el asuntino integral, honesto, integro, solidario, es el mío. Es ese el que yo quiero presentarles.

Y esta presentación tiene lugar, precisamente, en el acto del merecido y demorado homenaje que esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, en sus trescientos noventa y ocho años de ciudadanía, rinde a otro de sus grandes hijos, otro de mis grandes guías del espíritu, mi maestro del sexto grado, el ingeniero Laureano García. No me toca hablar de él, lo hará, por supuesto mucho mejor que yo, Eduardo Rivas Casado. Pero hay algo que no quiero omitir. Laureano me aportó la otra gran enseñanza de mi vida. En un momento en que la educación venezolana estaba signada por el temor, el terror a las matemáticas, que no era otra cosa que el síndrome de los maestros que habían sido malos estudiantes de la materia, Laureano luchaba contra ese flagelo docente. Con una fecundidad impresionante inventaba fórmulas para acercarnos a la riqueza de la exactitud. Centraba su aleccionamiento en la universalidad del número, como Eduardo lo hacía en la magia de la palabra. Ensayaba una técnica lúdica. Familiarizarnos con el número hasta hacernos no sólo convivir sino jugar con él. Por mi parte, ya mi abuelo Loreto lo había intentado conmigo. Inicialmente pretendía hacerme comprender lo que aún no tenía cabida en mi mente y todavía no logro entender a plenitud.

Decía que unos señores en la antigua Grecia, llamados los Pitagóricos, aspiraban explicar que, pese a su incorporealidad, los números tienen entidad real y junto con las figuras geométricas son la esencia de las cosas, y, para

algunos de ellos, más lejos, incluso, son las cosas mismas. Fracasada su Paideia ingeniosa, encontró un método más sencillo, hermoso y eficaz. Puso en mis manos y leyó conmigo un libro extraordinario, de los más maravillosos que jamás haya leído y una de las más extraordinarias obras de la literatura Universal: El Hombre que Calculaba, de Malba Tahan, que no hace otra cosa que jugar con los números y sus combinaciones en una fábula de intenso colorido y fuerza poética. Aprendí a amar el número más por sus inexactitudes que por su exactitud. Porque aquellas pueden ser múltiples, pero ésta es única o no es, no existe. Laureano me enseñó, no el misterio de la exactitud, sino el valor filosófico, moral y científico de su búsqueda permanente. A él le debo haberme introducido en la comprensión de la filosofía de la Ciencia.

Mi vida intelectual ha transcurrido entre esas dos grandes enseñanzas, que por esas coincidencias que sólo esta Ciudad, nuestra Ciudad, La Ciudad, puede depararnos, hoy se juntan en este acto luminoso. Gracias a ambos. Que por ellos florezcan siempre las astromelias.

Con Eduardo Rivas Casado, y gracias a él, puedo decir como Rómulo Gallegos, que había estudiado ingeniería, donde se había destacado como un brillante alumno y luego fue un excelente profesor de matemáticas en el liceo. Soy también un hombre más de letras que de números.

Doctor Eduardo Rivas Casado: Usted es la palabra.



ESPINOZA PRIETO, Dr. Antonio: Abogado. Poeta. Político. Nació en La Asunción, el 22 de diciembre de 1932. Es hijo de Antonio Espinoza Marcano y Secundina Prieto Figueroa. En la Escuela Federal Graduada “Francisco Esteban Gómez”, hizo estudios primarios. Los secundarios en los Liceos “Dr. Francisco Antonio Rísquez”, La Asunción; “Fermín Toro” y “Andrés Bello” de Caracas. En 1950 se graduó de bachiller. En la Universidad Central de Venezuela siguió la carrera de Leyes y obtuvo el doctorado en derecho, el 17 de octubre de 1956. Es especialista en derecho laboral y penal. Se ha desempeñado como asesor jurídico de la Asociación Nacional de Empleados (ANDE), de la Federación de Trabajadores del Transporte, Consultor Jurídico de la CVF, Asesor Jurídico de varias empresas privadas y organismos administrativos.

Profesor de cursos de Postgrado de la Universidad Central de Venezuela. Ha sido miembro del Consejo de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela. En la política nacional ha participado como dirigente del partido Acción Democrática y del MEP, y se ha desempeñado como Diputado suplente por Nueva Esparta al Congreso de la República, Diputado a la Asamblea Legislativa de Nueva Esparta, Presidente de este Cuerpo en 1963. Diputado al Congreso Nacional por el Estado Anzoátegui, Representante del partido Acción Democrática ante el Consejo Supremo Electoral. Ha asistido, en representación de Venezuela a Congresos y Conferencias Internacionales del Trabajo y de Abogados. Ha sido directivo de equipos de beisbol profesional. Ha ejercido el periodismo como reportero del diario “La Esfera”, redactor del diario “La Religión”, columnista del diario “La República”. Ha publicado varias obras jurídicas y literarias: “A Propósito de la Estabilidad en el Trabajo”, “Estabilidad en el Trabajo”, “La Responsabilidad Social del Abogado”, “Naturaleza Jurídica de las Comisiones Tripartitas Laborales”, “La Ciudad Sigue”, “Días de Árboles”, “Hortelana de Amor”, poesía; “Claudia y Abuelo Cantan”, poesía infantil y “Alfarera de la Aurora”.

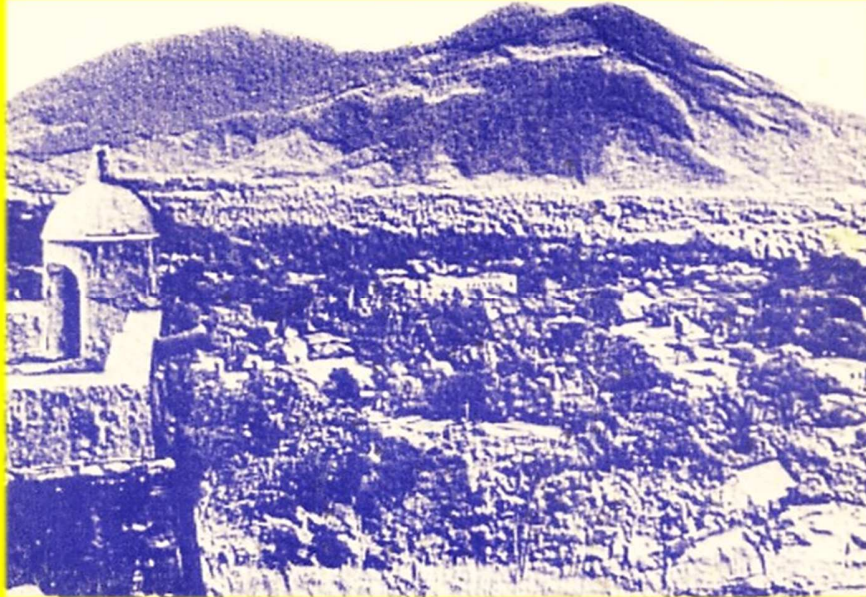
Nota Biográfica tomada de:

Diccionario Margariteño, Rosauro Rosa Acosta, Margarita 1996.

ÍNDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN. Manuel Alfredo Rodríguez	4
MI SOLIDARIA INTEGRIDAD	5
Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en La Asunción, el 15 de agosto de 1993, en el acto de Homenaje que le rendía La Ciudad con ocasión de ser designado el Asuntino del Año.	
ALFARERA DE LA AURORA	19
Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en La Asunción, el 15 de agosto de 1991, como Orador de Orden en el Homenaje a la Maestra Luisa Noriega de Rodríguez.	
LA CIUDAD SIGUE	34
Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en la Casa de la Cultura, el 29 de julio de 1982, en el Homenaje al General de Brigada Enrique Agustín Prieto de Silva.	
INDEPENDENCIA Y PODER DEL PUEBLO	53
Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto en la Plaza Arismendi de La Asunción, el 4 de mayo de 1998.	
SI YO FUERA DUEÑO DEL MUNDO	75
Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto, el 23 de octubre de 1998, en la inauguración de la Biblioteca Loreto Prieto Higuerey.	
EDUARDO RIVAS CASADO ES LA PALABRA	86
Discurso pronunciado por Antonio Espinoza Prieto para presentar al doctor Eduardo Rivas Casado, Orador de Orden en el Acto de Homenaje al ingeniero José Laureano García, en el Parque Luisa Cáceres de Arismendi de La Asunción, el 27 de noviembre de 1998.	

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de VERBO PUBLICACIONES, C. A.
en el mes de noviembre de 2000.
edición de 500 ejemplares, portada en glacé 300
y tripa en bond 20.



La Asunción Ciudad Cuatricentaria
27 de Noviembre 1600 - 27 de Noviembre 2000

Alcaldía de Arismendi
Fundación "Ciudad de La Asunción 400 Años"



TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Junio de 2023